

EL COLEGIO DE MÉXICO

Boletín 143 Editorial

ENERO-FEBRERO DE 2010



Thomas C. Smith Stark (1948-2009)

Rebeca Barriga Villanueva

Eulalio Ferrer: una política de altura

Adolfo Castañón

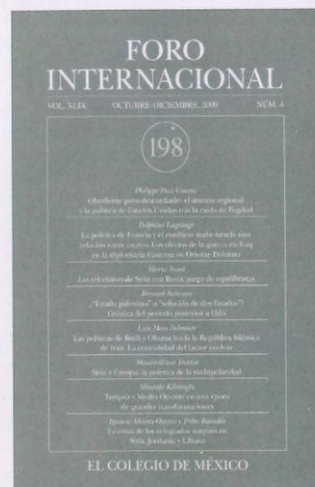
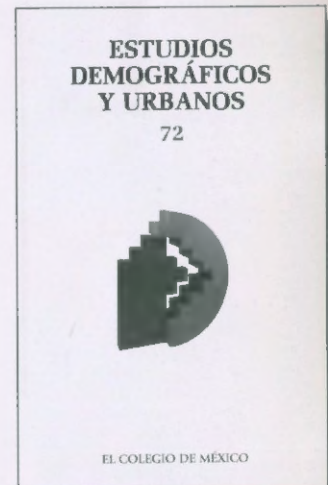
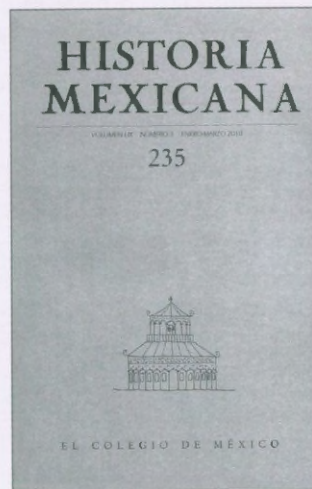
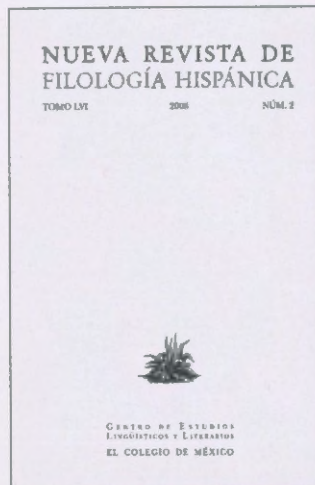
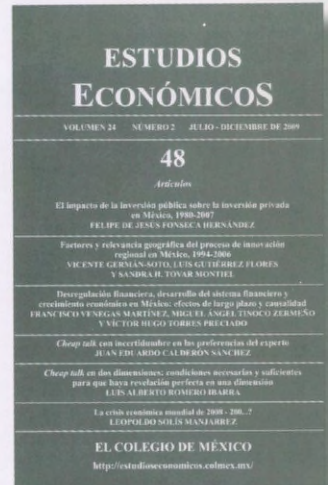
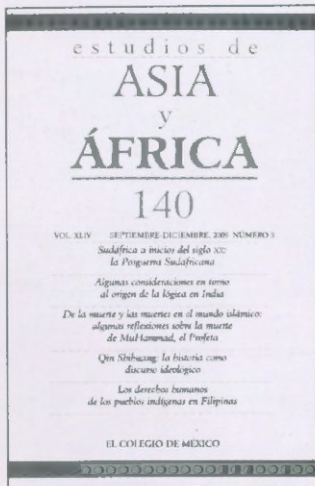
La revolución en la ciudad de México

Ariel Rodríguez Kuri

Una poética de la disonancia

Rose Corral

PUBLICACIONES PERIÓDICICAS



EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C.,
 Dirección de Publicaciones,
 Camino al Ajusco 20,
 Pedregal de Santa Teresa,
 10740 México, D. F.

Para mayores informes:
 Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
 Fax: 5449 3000, ext. 3157 o Correo electrónico:
publicolmex@colmex.mx



ÍNDICE

Eulalio Ferrer: una política de altura
■ Adolfo Castañón ■ 3

Thomas C. Smith Stark, (1948-2009)
■ Rebeca Barriga Villanueva ■ 5

La revolución en la ciudad de México
■ Ariel Rodríguez Kuri ■ 9

Una poética de la disonancia
■ Rose Corral ■ 17

Caleidoscopio de la guerra civil española
Actores, memorias e identidades
■ José María Espinasa ■ 29



Ilustraciones tomadas del libro
La Casa de España y El Colegio de México.
Catálogo histórico, 1938-2000

EL COLEGIO DE MÉXICO, A. C., Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740, México, D. F., teléfono 5449 3000, ext. 3077

Presidente JAVIER GARCADIÉGO DANTAN ■ Secretario general MANUEL ORDORICA ■ Coordinador general académico JEAN-FRANÇOIS PRUD'HOMME ■ Secretario académico ALBERTO PALMA ■ Secretario administrativo ÁLVARO BAILLET ■ Director de publicaciones FRANCISCO GÓMEZ RUIZ ■ Coordinador de producción JOSÉ MARÍA ESPINASA ■ Coordinadora de promoción y ventas NINEL SALCEDO ROMERO

BOLETÍN EDITORIAL, NÚM. 143, ENERO-FEBRERO DE 2010

Impresión Reproducciones y Materiales, S. A. de C. V.

Formación y corrección Logos Editores

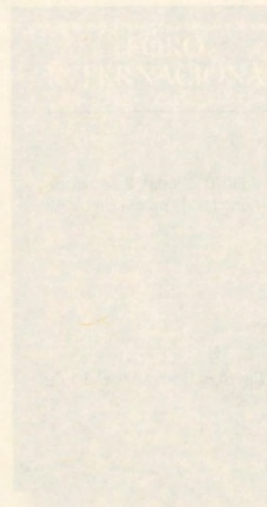
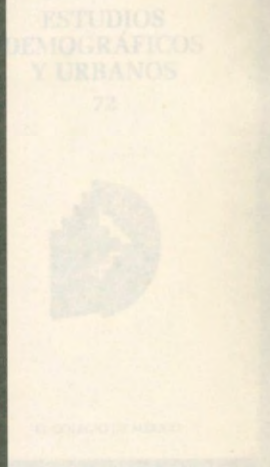
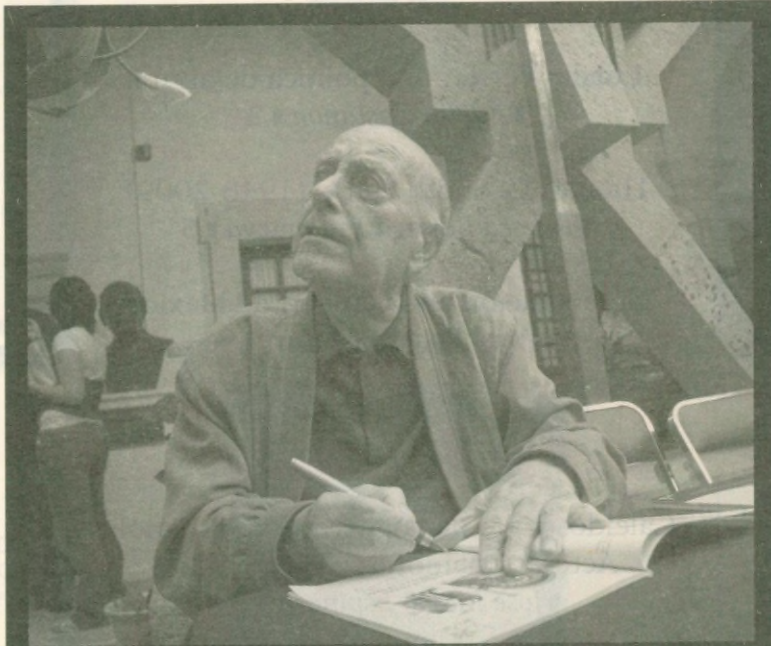
Diseño de portada EZEQUIEL DE LA ROSA

ISSN 0186-3924

Certificados de licitud, núm. 11152 y de contenido, núm. 7781, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas el 15 de mayo de 2000; núm. de reserva 04-1999-112513491900-102.

PUBLICACIONES PERIÓDICAS

IN PICE



Dirección de Publicaciones
Camino al Anzo 20,
Pedregal de Santa Teresa,
Cajalutén, Yucatán, México, D. F.
10740 México, D. F.

Teléfono: (997) 521-1111
Fax: (997) 521-1111
Correo electrónico: publicaciones@unam.mx

Eulalio Ferrer: una política de altura*

Eulalio Ferrer Rodríguez nació en Santander, España, en 1920. Su padre fue tipógrafo y partidario del socialismo. Desde muy joven, casi niño, Eulalio lo ayudaba en el taller, además de ir a la escuela. La agitación que llevaría a la guerra civil empezó a manifestarse en su ciudad. El joven Ferrer fue uno de los organizadores del movimiento de masas que apoyaría a la república. Cuando ésta fue derrotada, fue enviado a un campo de reclusión en Argelés-sur-Mer en la llamada “costa vermeja” —la côte vermeille—, no muy lejos de Perpiñán, no muy lejos de la frontera.

En ese lugar sucedería un hecho afortunado que trastocaría su vida, bañando el curso de su activa y precozmente madura longevidad con una luz fulgurante y perdurable: un día cambió un paquete de cigarrillos por un libro: el de las *Aventuras del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Este cambalache transfiguraría su vida. Eulalio Ferrer no pudo dejar de leer la novela y, en cuanto la concluyó, volvió a leerla. En cierto modo podemos decir que nunca más dejaría de leerla y que cada uno de los episodios y personajes que cruzarían su vida estaba destinado a cobrar sentido a la luz de esa trama paradigmática donde el sueño, la realidad, el humor y la sabiduría dialogan

* Palabras leídas en el homenaje póstumo a Eulalio Ferrer organizado por El Colegio de México y la embajada de España en México, con la participación de Carmelo Angulo Barturen, embajador de México en España, Joaquín Díez-Canedo, director del Fondo de Cultura Económica, José G. Moreno de Alba, presidente de la Academia Mexicana de la Lengua, y Salvador Ordóñez, rector de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo.



incesantemente. Quisiera creer que esa legendaria edición era una corriente de Calleja, de 1908.

Llegó Eulalio Ferrer a México en 1940. No fue uno de los primerísimos pero sí uno de los primeros en abrirse paso. Sus destrezas como periodista y su personalidad carismática lo llevaban a convencer a su interlocutor y a simpatizar y fraternizar con él. En México, contraería nupcias con Rafaela Bojórquez, discreta e inteligente presencia que lo secundó en sus empresas, aventuras y proyectos con abnegación clarividente: Ana Sara, Juan Cristóbal y Juan Francisco serían las prendas de su descendencia. Siguió la vida como periodista y como corrector, fundó diarios y revistas y se entregó con pasión —que yo llamaría vocación— a las tareas que le iba poniendo en el camino Hermes, el dios de la comunicación, al que entonces tal vez no conocía. Hasta llevarlo al reino inquietante de esos seductores semiocultos de las masas que son los publicistas.

Pero la comunicación, su arte y su técnica, su aplicación y su exploración técnica, sería su vocación, aquello que en realidad y verdad lo llamaba. Ese interés y pasión lo llevaron de la mano directamente a colaborar con algunas agencias y luego a fundar la suya propia, Publicidad Ferrer, y de ahí a lo que podría llamarse “fortuna”.


No es un secreto que don Eulalio Ferrer llegó a ser suficientemente acaudalado como para resultar un mecenas —y que los templos del dinero, las bolsas y despachos de inversión le abrieron espontáneamente sus puertas y secretos—. Eso no tendría importancia y no estaríamos recordándolo aquí si Eulalio Ferrer no se hubiese dado cuenta —cuánta cuenta— de la *vida dada*, para evocar el título de un poemario de Raïssa Maritain, de la vida que le había sido dada. Sabía don Eulalio Ferrer que la gruta tiene dos entradas: comprendió que por una entraba y salía muy campante Don Quijote y por la otra Nuestra Señora de la Comunicación que agranda y reduce el mundo y tiene incluso las llaves de su sobrevivencia material y espiritual. A partir de estos senderos que se bifurcan —y custodiado siempre por el silencioso ángel guardián de su querida esposa Rafaela (Rafaela: la que da la salud)—, don Eulalio Ferrer se puso a urdir una trama doble que a fuerza de hilvanarse y traslaparse se llegaría a manifestar como una política —una política de altura—, como una visión de estadista ecuménico y transatlántico que juntando y acordando amigos y simpatías, afinando afinidades, socios y compañeros de viaje en forma por demás sencilla y casual, espontánea y como no queriendo la cosa, hacia un propósito abierto: el de dar presente y presencia a la cultura hispánica en el mundo a través de la figura encantada y encantadora del caballero de la triste figura. De ahí que su devoción por el Quijote lo sea y lo haya sido también por la lengua de Cervantes.

En un plato de la balanza está colocada la comunicación; y en el otro las novelas de caballería desengañadas por Don Quijote; y en el centro, el juicio para mantener el equilibrio de tantos sueños y memorias. Don Eulalio Ferrer perteneció a la Academia Mexicana de la Lengua desde que fue elegido en 1991. Llegó a ser tesorero de la misma donde hizo un brillante papel. Gracias en buena medida a sus esfuerzos se consiguió que México fuera la sede del Primer Congreso Internacional de la Asociación de Academias celebrado en la ciudad de Zacatecas con la presencia de los reyes de España.

Y por si fuera poco, además del tesoro de sus legados institucionales —como son el Coloquio Cervantino de Guanajuato, el Museo Iconográfico del Quijote, la Universidad Menéndez y Pelayo en Santander, la Fundación Centro de Estudios Cervantinos, la Cátedra Eulalio



Ferrer auspiciada en y para El Colegio de México, la extinta Cátedra Octavio Paz, promovida con el apoyo de la Fundación Cervantina por el Fondo de Cultura Económica y la Facultad de Filosofía y Letras—, don Eulalio Ferrer dejó una amplia obra especializada en comunicación y en publicidad que es tal vez única en nuestra lengua, unas memorias de guerra, una novela y una valiosa biblioteca —literaria y especializada— que desde hoy albergará El Colegio de México. Biblioteca y hemeroteca. En el sótano de la casa de don Eulalio, como una construcción subterránea paralela, se extendían los salones en que estaba contenida dicha colección de las revistas originales o facsimilares producidas antes, alrededor y después de la guerra civil. El acervo contiene desde colecciones completas de publicaciones como *Hora de España*, *Cruz y Raya*, *Revista de Occidente*, *Cuadernos de la Libertad*, *El Mono Azul*, hasta las publicaciones realizadas por la *España Peregrina*, la revista del mismo título, por supuesto, pero también el aluvión de revistas del exilio como el legendario *Litoral* auspiciado por Emilio Prados, Manuel Altolaguirre, José Moreno Villa y Enrique Díez-Canedo. En ese vasto conjunto cabe destacar las publicaciones auspiciadas o promovidas por el propio Ferrer. Tal es el caso de la revista *Claridades*, cuyos suplementos literarios dejan claro que don Eulalio Ferrer tenía conciencia de cuánta energía local y multicultural, transatlántica se remueve en el corazón de México. Es como si Ferrer hubiese querido materializar en ese acervo vital su política de concordia y reconciliación hispánica y americana.

Ante todo, Eulalio Ferrer Rodríguez dejó una estela de amigos y de fieles simpatizantes de aquella política de la concordia que él, con su mirada aguda y su sonrisa inteligente, sigue insinuándonos desde otras regiones del aire. 

REBECA BARRIGA VILLANUEVA

Thomas C. Smith Stark (1948-2009)

Imaginar un lenguaje es imaginar una forma de vida.
Wittgenstein

Thomas C. Smith Stark murió recientemente. Su ausencia se siente de una y mil formas. Resulta un verdadero desafío tratar de reseñar una vida plena de quien fue maestro sabio, lingüista admirable, colega y amigo entrañable. Thomas C. Smith Stark llevó una vida académica y personal consistente y llena de congruencia que hacía nítida su actitud vital: entusiasmo por la vida misma, por el conocimiento, por la investigación, por la docencia, por su familia, por sus alumnos, por el acontecer cotidiano. La trayectoria de esta vida se plasma en un currículum¹ generoso y amplio que revela paso a paso el itinerario de una vocación incontrovertible que lo hizo vibrar hasta el último momento: la lengua. Thomas transitó la lengua en varias de sus múltiples expresiones: en sus procesos fonológicos, morfosintácticos o semánticos; en su manifestación diacrónica o sincrónica; en sus relaciones con la cultura y con la visión del mundo que porta; la lengua de los amerindios, los africanos o los europeos; la lengua con sus rasgos particulares y con



sus rasgos universales; la lengua morfológica, aglutinante o tonal; la de señas o la oral; la que se explica dentro de los parámetros estructuralistas, o generativistas; la lengua, en fin, que configura la emoción y el pensamiento humanos y que hace al hombre ser. En una ocasión nos contaba que cuando era adolescente, en la biblioteca de su escuela preparatoria en Lowell, Massachusetts, se abstraía horas y horas enteras leyendo sobre las lenguas del mundo y reflexionando sobre la configuración de sus sistemas orales, y de sus sistemas ortográficos, que le atraían de manera especial. No pasó mucho tiempo antes de hacer suyos estos temas que surgían

de su curiosidad insaciable, ésa que lo condujo a tomar cursos de alemán, latín, ruso, eslavo antiguo, sánscrito, árabe, chino y vietnamita en las tres universidades norteamericanas donde realizó sus estudios y trabajó por algún tiempo: Brown, Chicago y Tulane. Este patrón se repetiría más tarde en su etapa amerindia al descubrir la diversidad de sus lenguas. En este sentido la experiencia más contundente, quizá, porque marcó la ruta de su vocación indoamericanista, fue su visita a Guatemala, donde se encontró con el mundo de las fascinantes lenguas mayas. En 1971, cuando inició sus estudios de doctorado en la Universidad de Chicago, ya llevaba una meta fija: estudiar maya y quiché con Norman

¹ El último que revisó y completó ya muy enfermo, lo obtuve gracias a la generosidad de sus hijas Sandra y Ana Eugenia Smith Aguilar.

McQuown, y realizar su investigación doctoral sobre la fonología y la morfología del pocoman de San Luis Jilotepeque, municipio situado al oriente de Guatemala. Sin embargo, no se constriñó a estos temas, sino que siguió abundando en la morfosintaxis del pocoman y realizó importantes estudios sobre la voz antipasiva, agentiva e instrumental de esta lengua; además, trabajó con la reconstrucción de la morfología protomaya y continuó sus indagaciones en torno de la escritura maya, de las que resultaron interesantes trabajos como el de las inscripciones en Palenque, Chiapas, publicados en 1996.

En 1981, a los 33 años, Thomas Smith llegó a México invitado como profesor investigador a impartir un curso de fonología generativa en el doctorado de Lingüística en el Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios (CELL) —yo formaba parte de la generación de estudiantes a quienes impartió este curso—. Recuerdo las expectativas que despertó su llegada; muy pronto descubrimos el secreto de su sabiduría, consistente en una peculiar combinación de estricto rigor teórico e impecable meticulosidad metodológica con una sencillez meridiana en la expresión. Disfrutamos mucho aquel curso, cuya parte práctica consistía en trabajar con un colaborador acateco: de pronto entrábamos en el mundo de los patrones fonológicos de una lengua totalmente diferente al español. Thomas logró agudizar nuestra sensibilidad en la obtención de datos y en la transcripción cuidadosa y fina para formar un *corpus* lingüístico confiable.

A partir de ese primer curso, empezó a desplegar una intensa y notable labor académica que lo arraigó en cuerpo y alma en México. Respetuoso y consciente de la reconocida tradición hispanista del Centro que lo acogía, supo roturar hasta el fondo en una veta de investigación que se abría: la lingüística indigenista. En efecto, sus trabajos de investigación en el CELL y sus cursos especializados en lenguas indoamericanas motivaron que junto con el ya consolidado hispanismo, el indigenismo creciera pujante y que, a la vuelta de 28 años, ambos se constituyeran como los referentes distintivos de la lingüística que se hace en el CELL.

Desde 1981 y hasta su muerte en 2009, Thomas Smith tejó desde El Colegio de México un rico entramado de relaciones académicas y humanas que trascendió las fronteras de nuestro país. Muy pronto empezó a formar a estudiantes en el CELL (y también en el Centro de Estudios de Asia y África, donde dirigió dos tesis de swahili), al tiempo que formaba otros más en importantes instituciones de educación superior: la Universidad

Nacional Autónoma de México en la Facultad de Filosofía y Letras y en el Seminario de Lenguas Indígenas del Instituto de Investigaciones Filológicas; el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, donde estableció una rica interacción de reflexión con los hablantes de lenguas originarias amerindias, que realizaban ahí su maestría en Lingüística Indoamericana, quienes con el tiempo se convirtieron en coautores de sus trabajos, seminales muchos de ellos, como los del chinanteco, amuzgo y zapoteco; en la Escuela Nacional de Antropología e Historia en las licenciaturas en Lingüística y en Arqueología.

Thomas avivó el interés en los jóvenes por la descripción de las lenguas indomexicanas; en sintonía con él, descubrían nuevos parámetros de explicación que exigían voces frescas en la descripción de diversos procesos y mecanismos de estas complejas lenguas y sus múltiples variantes, pertenecientes a diferentes familias lingüísticas. En México, Thomas realizó una intensa e ininterrumpida labor docente. Dictó más de 60 cursos de licenciatura y de posgrado. Menciono, a guisa de ejemplo, los nombres de algunos de los impartidos en el doctorado del CELL: lingüística descriptiva, análisis morfológico, lingüística histórica, teorías lingüísticas, seminario de especialización en fonología léxica y prosódica, seminario de especialización en zapoteco, seminario de especialización en lenguas tonales, seminario de especialización en fonología indoamericana: mixteco y otomí, seminario de especialización en cambio lingüístico y gramática purépecha.

Thomas Smith dirigió 24 tesis en su totalidad y 17 más se quedaron inconclusas en diversas fases, la mayoría, en la final. De estas tesis, siete se defendieron en El Colegio de México,² de las cuales cinco fueron premiadas y publicadas como libros; otras siete más no llegaron a su fin, pero en ellas quedó impreso el particular sello smithiano. El plurilingüismo mexicano se hace presente en estos trabajos: zoque, mixteco, chinanteco, chontal, zapoteco, mazahua, purépecha, chinanteco, amuzgo, otomí, tlahuica, náhuatl, tlapaneco y lengua de señas mexicana. La temática tratada en estos trabajos es por demás versátil pues recorre todos los lugares del *continuum* sistémico: abundan los de fonología (tonos), morfología y sintaxis (voz, posesión), lexicografía (diccionarios, calcos, préstamos), y en ocasiones van más

² Como muestra de la versatilidad de los temas, doy al final de esta nota un listado de ellas.



allá de él para aterrizar en estudios de dialectología, lingüística histórica, historia de la lingüística y de tipología. No deja de sorprender la gran capacidad de Thomas Smith para penetrar y entender las estructuras de estas lenguas así como su destreza para enseñarlas y explicarlas con exactitud y claridad, pese a su complejidad estructural.

Su compromiso docente no mermó su actividad investigativa, al contrario, la incrementó en un fecundo y enriquecedor diálogo de ida y vuelta. Los resultados de sus investigaciones (un total de 63 obras repartidas en libros, artículos, capítulos, reseñas; más otros cinco capítulos en prensa y 12 más en dictamen o inéditos)³ fueron apareciendo a los largo del tiempo bajo el sello de prestigiosas instituciones —además de El Colegio

³ Para finalizar ofrezco una lista de las obras publicadas bajo el sello de El Colegio de México. Para conocer su producción completa, remito a Rebeca Barriga Villanueva y Otto Zwartjes (comps.), "Bibliography of Thomas C. Smith-Stark, 1973-2009", *Quot Homines tot Artes: New Studies in Missionary Linguistics*, Otto Zwartjes y E. F. K. Koerner, *Historiographia Linguistica*, 26 (2009), núms. 2/3, pp. 212-221.

de México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, El Colegio de Michoacán, la Universidad de Chicago, la Universidad de Los Ángeles, California, la Universidad de Missouri, la Universidad de Washington, la Universidad de Tulane, el Summer Institute of Linguistics y otros tantos—, en reconocidas revistas —*Nueva Revista de Filología Hispánica*, *Dimensión Antropológica*, *Función, Language, Linguistics*, *International Journal of American Linguistic*, *Historiographia Linguistica*.

Si Thomas Smith aportó con generosidad a la lingüística mexicana contemporánea, la realidad lingüística mexicana lo compensó brindándole tres importantes hitos en su trayecto académico: las lenguas otomangués, la lingüística misionera y la historia de la lingüística. Del primero sobresalen sus estudios del amuzgo, los de difusión y aretipología mesoamericana, pero sobre todo los del zapoteco colonial y el zapoteco moderno de Baltazar Chichicapan, vinculados con el importante *Proyecto para la documentación de lenguas mesoamericanas* dirigido por Terry Kauffman, John Justeson y Roberto Zavala. Del segundo destaco su participación en otro importante proyecto, el de la *Lingüística misionera* dirigido por Otto Swartjes en Holanda, en el que a su vez sobresalen sus trabajos sobre las gramáticas del náhuatl de Antonio del Rincón (1556-1601) y de Horacio Carocho (1579-1662).

Thomas C. Smith Stark, lingüista por esencia, hombre sencillo y amable por naturaleza, supo siempre trabar una interlocución alegre, estimulante, atenta, solidaria y respetuosa, aun en la diferencia. Con su peculiar alegría, hacía el mundo académico más habitable y humano. Su sabiduría lingüística, lejos de aislarlo, lo acercó a los demás, supo compartir y disfrutar con la misma intensidad y generosidad, ya de las disquisiciones teóricas más elaboradas en torno a un proceso lingüístico, ya de las conversaciones alrededor de una película de suspenso, ya de una noticia importante, alarmante o intrascendente de la cotidiana realidad. No es difícil imaginar la plenitud de su vida porque él mostró con creces cómo imaginaba las lenguas. Lo más importante de la vida de Thomas es que donde su transitar se detuvo, el camino no se cerró, porque dejó abierta la veta para que otros la siguieran engrandeciendo.

Obras de Thomas C. Smith Stark

- Smith Stark, Thomas C., 2010, "La trilogía catequística: artes, vocabularios y doctrinas en la Nueva España como instrumento de una política lingüística de normalización", en Rebeca Barriga Villanueva y Pedro Martín Butragueño (dirs.), *Historia Sociolingüística de México*, vol. 1, pp. 451-482.
- _____, 2003, "Tipos prosódicos de sílabas en el zapoteco de San Baltazar Chichipacan", en Esther Herrera Zendejas y Pedro Martín Butragueño (eds.), *La tonía: dimensiones fonéticas y fonológicas*, pp. 111-139 (*Estudios de Lingüística IV*).
- _____, 2002, "El 'primer Nebrija indiano'. Sobre una nueva edición del *Vocabulario de Alonso de Molina*", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, vol. 50, núm. 2, pp. 531-541.
- _____, 1997, "La voz de México: apuntes sobre el DEUM", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, vol. 45, núm. 1, pp. 105-128.
- _____, 1997, "Ratero y quemarle la canilla: ¿dos calcos zapotecos?", en Rebeca Barriga Villanueva y Pedro Martín Butragueño (eds.), *Varia lingüística y literaria. 50 años del CELL*, t. 1, pp. 471-480 (*Publicaciones de la Nueva Revista de Filología Hispánica*, 8).
- _____, 1992, "El método Sapir para establecer relaciones genéticas remotas", en Rebeca Barriga Villanueva y Josefina García Fajardo (eds.), *Reflexiones lingüísticas y literarias*, t. 1, pp. 17-42 (*Estudios de Lingüística y Literatura*, 25).
- _____ y Fermín Tapia García, 1990, "La numeración en el amuzgo", en Beatriz Garza Cuarón y Paulette Levy (eds.), *Homenaje a Jorge A. Suárez. Lingüística indoamericana e hispánica*, pp. 477-494 (*Estudios de Lingüística y Literatura*, 18).
- _____, 1990, "La difusión lingüística en el estado de Oaxaca, México", en Beatriz Garza Cuarón y Violeta Demonte (eds.), *Estudios de lingüística de España y México*, Universidad Nacional Autónoma de México-El Colegio de México, pp. 603-631.
- _____, 1990, Reseña de Giovanni Meo-Zilio y Silvia Mejía, *Diccionario de gestos: España e Hispanoamérica*, t. 1: A-H, t. 2: I-Z (Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1980-1983), en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, vol. 38, núm. 1, pp. 384-391.

Tesis de posgrado dirigidas por Thomas Smith Stark en El Colegio de México

- Capistrán, Alejandra, 2009, *Relaciones morfosintácticas y sintáctico-semánticas en la proyección de la estructura de la oración en porhepecha*, Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios [en coasesoría con Esthela Treviño].
- Ciani, Letizia, 1998, *Los préstamos del árabe al swahili*, Estudios de Asia y África.
- Cruz Aldrete, Miroslava, 2008, *Gramática de la lengua de señas mexicana*, Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios.
- Jiménez González, Óscar, 1991, *Política lingüística y Estado en Tanzania*, Centro de Estudios de Asia y África.
- Herrera Zendejas, Esther, 1993, *Palabras, estratos y representaciones: temas de la fonología léxica en zoque*, Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios.
- Villavicencio, Frida, 2002, *Estructura y cambio del sistema de casos en el purépecha. Del siglo XVI al siglo XX*, Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios [en coasesoría con Concepción Company].

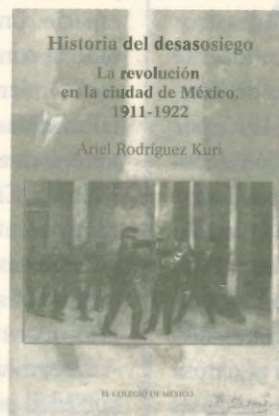
Tesis en proceso

- Buenrostro, Cristina, *La voz en el chuj de San Mateo Ixtatán*, Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios.
- Enríquez Licón, Maritza Elena, *Complejidad sintáctica en zapoteco del Istmo hablado en Santa Rosa y San Blas en Oaxaca, México*, Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios.
- Freisinger, Dagmar, *Los tonos del mazahua*, Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, México.
- Guerrero Galván, Alonso, *Fonología histórica del otomí*, Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios.
- Knapp, Michael, *Una edición lingüística y crítica de la Doctrina y enseñanza en la lengua maçahua de cosas muy útiles y provechosas para los Ministros de Doctrina y para los naturales que hablan la lengua maçahua de Diego de Nágera Yanguas (1637)*, Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios.
- Martínez, Aileen, *Transitividad y valencia en la morfología verbal del tlahuica*, Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios.
- Meneses Eternod, Sue Belinda, *La subordinación en el purépecha*, Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios. ☞

La revolución en la ciudad de México*

En la obra *Historia del desasosiego* analizo algunas de las implicaciones de la Revolución mexicana en la capital nacional. Los problemas abordados se pueden agrupar en dos grandes campos. Por un lado encontramos ciertos fenómenos generales y extendidos geográficamente, como el conflicto político del periodo maderista o la dinámica de la guerra civil entre 1913-1915, que tuvieron consecuencias decisivas en la vida cotidiana y en el aprendizaje político de sus habitantes. Por otro lado, se estudian los procesos de respuesta y adaptación de los habitantes y de las autoridades políticas locales a las novedades apremiantes que plantearon a la ciudad la guerra civil, la desarticulación del Estado porfiriano, la escasez de bienes básicos y la demanda social que trajeron consigo los nuevos códigos y lenguajes de la Revolución.

Me pareció que la ausencia de estudios sobre el impacto de la conmoción revolucionaria en las ciudades era más que una omisión temática. De hecho, esa carencia ha dificultado una interpretación más amplia y menos tópica de la Revolución, por un lado, y de los impulsos tempranos de la urbanización mexicana, por el otro. A partir de esa intuición comencé la revisión de la literatura que narra y analiza el papel de las ciudades en las revoluciones políticas modernas. Explorar las fuentes



que documentan la revolución en la ciudad de México es una aventura inolvidable para cualquiera que lo intente. Lo más significativo que surgió de esa inquisición fue la sensación de apremio, entusiasmo y desasosiego en los documentos oficiales, en la correspondencia de los hombres y las mujeres comunes, en la prensa. Una revolución es muchas cosas a la vez, pero ciertamente también es un ambiente inédito, un flujo acelerado de acontecimientos, un lenguaje resignificado y, sobre todo, prácticas, voluntades y deseos renovados. La

revolución es la aparición súbita de otro tono de la vida. Toca al historiador identificar ese tono sin dejarse confundir por palabras y prácticas añejas que son nuevas porque nueva es la realidad.

La investigación responde a una suerte de sedimentación de investigaciones, ideas y obsesiones. Éstas se articularon a partir de algunas preguntas básicas: ¿qué significó la Revolución para la ciudad de México?, ¿qué y cómo fue la Revolución en la capital nacional?

La Revolución fue una experiencia histórica decisiva, que en un tiempo relativamente corto transformó la sensibilidad y las expectativas de las personas comunes y, sobre todo, la manera como esas personas se relacionaban con la autoridad política. Los años que incluye la investigación —el periodo comprendido entre 1911 y 1922— dan cuenta de los ensayos y errores en la búsqueda de nuevas formas de ejercer la autoridad política en la ciudad. El proceso de conformación de una clase política local en la capital de la República, incipiente entre la República restaurada y principios de

* Fragmento de la introducción del libro de Ariel Rodríguez Kuri, *Historia del desasosiego. La revolución de la ciudad de México, 1911-1922*, El Colegio de México, México, 2010.

la década de 1890, sufrió una seria interrupción en el último porfiriato y luego con el advenimiento de la Revolución. Ese proceso de debilitamiento se originó por tres causas: una legislación municipal enormemente restrictiva, que estatizó —por decirlo así— el gobierno local y lo convirtió en un apéndice de la administración federal (con la ley municipal de 1903); el fenómeno concurrente de elitización de los cargos edilicios y de la gubernatura del Distrito Federal, que a partir de mediados de la década de 1890 habían quedado en manos del grupo científico; y el fracaso de la reforma municipal maderista de 1912.

La divina pareja revolución y guerra civil definió —sobre todo en el periodo posterior al golpe militar de febrero de 1913 contra el gobierno de Francisco I. Madero— un escenario donde las posibilidades de desarrollo relativamente autónomo de la vida política local se vieron avasalladas por las necesidades mismas del conflicto bélico nacional y, a partir del verano de 1915, por el lento proceso de asentamiento y prefiguración de las nuevas formas del Estado. Así, lo que podríamos llamar los cuatro puntos cardinales de la historia de la ciudad en el periodo son: la revolución como fenómeno totalizador, la guerra civil como subversión del orden preexistente, la destrucción-reconstrucción del entramado institucional local, y la naturaleza innovada, poderosa y fluctuante de la demanda sociopolítica de las clases populares.

Es indiscutible que los historiadores nos propusimos entender las relaciones entre las ciudades y la experiencia revolucionaria con mucha dilación. Sin embargo, hoy en día esa omisión tiende a ser superada. Como se puede inferir de ciertos trabajos publicados en la última década, que versan sobre ciudades como la de México, Guadalajara o Veracruz, ha comenzado una rectificación historiográfica en favor de las ciudades mexicanas. Nunca es tarde, pero ha corrido suficiente agua bajo los puentes de Clío como para dar por sentado que se trata sólo de un ajuste rutinario en los afanes historiográficos. Hay más de fondo. Lo que esta nueva historiografía reconoce y omite, lo que describe y postula, lo que defiende y condena son indicios de las nuevas preguntas sobre la Revolución. ¿Es ésta un mero referente retórico, sólo un momento evanescente, o bien un verdadero corte de época para las ciudades mexicanas?, ¿hay un antes y un después —definido por los niveles de conflicto, por la violencia, por los dislocamientos políticos y sociales, por la aparición de nuevos actores— en las

formas y en los ritmos de ocupación del espacio urbano, en las expectativas y sensibilidades de gobernados y gobernantes, en la percepción de lo que es justo e injusto en la vida cotidiana, en los usos de las ideologías, y en los modos de pensar de las élites, los gobernantes y la gente común?

Primera definición

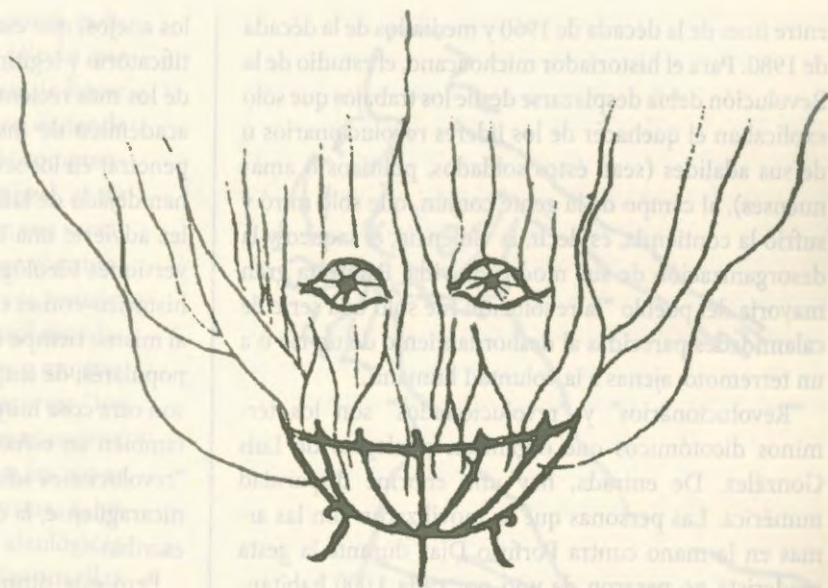
La revolución política moderna no es el fardo muerto del pasado sino sueño y pesadilla de los vivos. Al recordar la revolución, la explicación histórica y la memoria se encuentran y repelen, a la manera de esas partículas que no pueden ocupar el mismo lugar en el espacio. En pocos campos de la investigación del pasado la convergencia de la historia como disciplina de conocimiento y el fenómeno de la memoria suscitan tal cantidad de productos intelectuales diversos: relatos épicos e intimidades preciosas de mundos perdidos (Reed y Chateaubriand); profecías y análisis gélidos, transparentes como el cristal (Marx y Tocqueville); rigurosas taxonomías de los cambios revolucionarios y esmero obsesivo en contabilizar lo que ha permanecido (Hobsbawm y Furet).

La revolución es el verdadero acto fundacional de la sociedad política. Por lo tanto, dos de las explicaciones más comunes de la revolución, con su vocación exhaustiva, son paradójicamente insuficientes. En primer lugar está aquella que la considera una transformación radical e irreversible de las relaciones de producción, que es otra forma de decir que la revolución altera para siempre la estructura de clases de la sociedad civil. La segunda definición, que puede asumir parcial o totalmente los contenidos de la anterior, supone que la revolución implica la creación de un nuevo Estado, que se funda sobre otra correlación de fuerzas sociales, donde una clase, una fracción de clase o una alianza de clases determinará un rumbo distinto en la conducción de la política, en casi todas sus vertientes. El primer caso exigiría, para su validación, reconocer cambios irreversibles y acelerados en la estructura social y económica. La segunda opción supone la identificación de los rasgos y dinámica de un nuevo Estado, abocado a conducir y regular una sociedad que él mismo subvierte y transforma.

Aquí se sugiere otra cosa. Más que formas estatales precisas o modelos socioeconómicos alternativos, la revolución moderna crea un poderoso pero fluctuante

universo de valores que contiene y da sentido a prácticas y representaciones de la política; de manera obligada, para que eclosionese ese nuevo universo, la revolución destruye o neutraliza —en un lapso relativamente breve— las configuraciones mentales individuales y colectivas que permitían la existencia y funcionamiento de determinada manera de ejercer la autoridad, de hacer política y de entender los derechos y obligaciones de los hombres. En otras palabras, la revolución destruye el orden político enraizado en las conciencias; objetivamente, la revolución tiene lugar en el imaginario —lo que no quita nada a su radical materialidad—, en la medida en que propicia nuevos comportamientos, nuevas expectativas y nuevas demandas en hombres y mujeres.

Toda revolución proscribire. Por tanto, y de manera complementaria y simétrica, podemos y debemos entenderla por aquellos personajes, grupos y fenómenos que niega, combate y excluye. La revolución moderna tiende a establecer límites más allá de los cuales la política se desvanece y trasmuta en otra cosa. Importa entonces la identificación de ese otro campo, el de la no politicidad de los fenómenos que aparecen en sus márgenes: la contrarrevolución entendida como práctica subversiva, es decir, como radicalmente inasimilable al universo de valores y prácticas creados y difundidos por la Revolución. Pero entiéndase la gran paradoja de las sociedades conmocionadas por la revolución: en la medida en que la contrarrevolución es inadmisibile en el universo político que configura la revolución, todo intento de restauración será impotente para aniquilar desde el origen los logros de esa revolución. Ni los termidorianos negaron todos y cada uno de los puntos programáticos de los jacobinos, ni la restauración borbónica se desdijo de la centralización consumada por Napoleón, ni los ejércitos blancos en la guerra civil rusa reivindicaron con seriedad el regreso del cetro y el trono zarista. Esas imposibilidades obedecen a que las revoluciones modernas han traído consigo prácticas e instituciones que fueron tatuadas con fuego en el alma del sujeto moderno.



La memoria tiene dificultades formidables para asumir el origen de la revolución. La instauración revolucionaria de la sociedad política pasa por actos de violencia contra símbolos, cosas, instituciones y personas; su historia es por tanto una exploración de las formas, contenidos y ritmos de esa violencia. Explicar el pasado revolucionario, como hacen los historiadores, o utilizar el acervo del universo valorativo y pragmático de la revolución, como hacen los políticos y los ciudadanos, son operaciones emocionales e intelectuales que tarde o temprano deben encarar la violencia original y su legitimidad; pero nadie recuerda el parto que lo trajo al mundo. La pulsión por negar ha generado toda una literatura (y no sólo histórica) obsesionada en el mito de la continuidad, es decir, en la idea de que todo habría cambiado sin la revolución. Se trata de un sinsentido. El problema insuperable que enfrenta esa literatura es que las grandes revoluciones modernas (la inglesa, la francesa o la rusa) son hechos históricos, axiomas dictados desde el pasado. No requieren demostración sino explicación.

Segunda definición

En 1986 Luis González y González publicó un ensayo intitulado "La Revolución mexicana desde el punto de vista de los revolucionados". La propuesta de Luis González era la culminación de la gran tarea de revisión historiográfica de la Revolución mexicana, que tuvo lugar

entre fines de la década de 1960 y mediados de la década de 1980. Para el historiador michoacano, el estudio de la Revolución debía desplazarse desde los trabajos que sólo explicaban el quehacer de los líderes revolucionarios o de sus adalides (sean éstos soldados, políticos o amanuenses), al campo de la gente común, que sólo miró y sufrió la contienda, es decir, la violencia, el saqueo y la desorganización de sus modos de vida. Para esta gran mayoría del pueblo “la revolución fue sólo una serie de calamidades parecidas al desbordamiento de un río o a un terremoto, ajenas a la voluntad humana”.

“Revolucionarios” y “revolucionados” son los términos dicotómicos que organizan el alegato de Luis González. De entrada, hay una enorme disparidad numérica. Las personas que se movilizaron con las armas en la mano contra Porfirio Díaz durante la gesta maderista no pasaron de uno por cada 1000 habitantes de la República; quienes lo hicieron contra Huerta apenas alcanzaron el tres por millar. Los demás fueron “revolucionados”. En todo caso, el argumento principal es que esa inmensa mayoría de población no había recibido la atención debida de los historiadores: —ni de



los añejos, que escribieron desde el “mirador” autojustificador y legitimador de las banderías triunfantes, ni de los más recientes, que desde el “mirador” científico-académico de institutos y universidades han querido penetrar en los secretos de la Revolución, y no obstante han dejado de lado a los “revolucionados”. Luis González advierte una injusticia de larga data: confundir las versiones ideológicamente reaccionarias (“la literatura histórico-conservadora”, la llama), que aparecieron casi al mismo tiempo que la Revolución, con los testimonios populares, de amplio registro cultural y geográfico, que son otra cosa muy distinta. El texto de Luis González es también un esfuerzo por desdramatizar la Revolución; “revoluciones sólo son la rusa, la china, la cubana y la nicaragüense, la de México no lo es ni pretendió serlo”, escribió.

Pero este último no es el punto esencial de su alegato, aunque dice mucho de la perspectiva última del historiador. Lo fundamental radica en una distinción metodológica. Ciertamente, para todo historiador dicotomías a la manera de “revolucionarios” y “revolucionados” son útiles para organizar los datos y prefigurar la narración. Es más dudoso que esa separación en apartados estancos constituya de por sí una explicación. Y aunque de ninguna manera Luis González supone esto último, la escisión planteada permite una reflexión sobre el tema y el enfoque aquí adoptado. Es a partir de las zonas de continuidad entre los que hicieron (pocos) y los que sufrieron (casi todos) como podemos redefinir un área más compleja y matizada de la Revolución, un verdadero campo problemático. La gran zona de grises entre el ciudadano en armas (o cualquier otra forma de militancia), en un extremo, y el mero testigo sufriente de los acontecimientos, en el otro, constituye la historia medular de la Revolución. Las transformaciones y mutaciones que experimentó el alma de la población que habitaba esa zona de grises han sido y deberán ser el objeto primordial de la investigación histórica sobre la Revolución.

Habrán hombres que harán mucho en 1910 y 1911 y luego casi nada, salvo padecer; habrá otros que miraron impotentes y horrorizados la guerra civil y el hambre de 1913, 1914 y 1915, y luego serán militantes

activos de las tumultuosas movilizaciones políticas posteriores. La pregunta no es sólo lo que hombres y mujeres hicieron o dejaron de hacer (peor aún, en esta hipótesis *hacer* se entiende como algo completamente externo a la comprensión e intereses de las personas comunes), si no cómo y en qué magnitud modificaron sus sensibilidades, sus expectativas y sus comportamientos respecto a la autoridad, la política y la justicia. Los “revolucionados” cambian; los hombres y las mujeres de 1910 no serán los hombres y mujeres de 1920. El camino que habrán de recorrer “los revolucionados” no los llevará necesariamente a las barricadas o a la trinchera sino a las zonas de interlocución y alianzas interclasistas, a los nuevos vocabularios y justificaciones ideológicas que legitimaban sus demandas, a todas aquellas plataformas sociopolíticas que definían el horizonte de futuro de las personas comunes, ahora trasmutadas en revolucionarias.

Concluyo de aquella polémica no tan añeja sobre la “historia cultural” que las implicaciones de no considerar a las llamadas clases “subalternas” como agentes y copartícipes de la historia política moderna sin más, y señalarles en cambio un apartado estanco (la historia cultural), constituye un recorte arbitrario, un acto de exclusión que repercute inmediatamente en el programa historiográfico. En primer lugar, por las tentaciones al reduccionismo. Cuando la sola innovación en los términos tiende a prevalecer sobre la apropiación y reelaboración historiográfica de algunas ideas centrales del imaginario político moderno, estamos girando en círculo. Hay ideas que son hijas legítimas de la revolución moderna y que siguen constituyendo las sólidas mojoneras de un programa historiográfico: los derechos del hombre y del ciudadano como plataforma discursiva de las clases populares; la justicia universal como utopía cotidiana; la intuición y luego la convicción de que el progreso material y el desarrollo económico deben beneficiar a todos, o al menos a muchos.

Más allá de cualquier disputa referida al vocabulario y los conceptos, estamos ante un mapa historiográfico intrincado. A eso contribuyen las perspectivas que, más allá de sus aparatos críticos y bibliografías, apuntan a un tratamiento de la Revolución como algo profundamente nacional, casi local, ajeno a categorías universales. Es ya de por sí significativo que el recurso a las



comparaciones con otras revoluciones siga siendo una experiencia menos común de lo que podría suponerse. La discusión sobre los orígenes, desarrollos y destinos de la Revolución mexicana está más determinada por coyunturas sociopolíticas y por los esfuerzos de *marketing* de los propios historiadores, que por el estado de la literatura general sobre la revolución moderna. Así por ejemplo, no acaba de reconocerse —a pesar del notable trabajo de Alan Knight— que el revisionismo es un elemento estructural en casi cualquier historiografía de las revoluciones.

El escrutinio de sus grandes temas (la naturaleza del viejo y del nuevo Estado, el análisis de la situación revolucionaria en relación con las clases sociales, la cuantificación del cambio sociopolítico, el estudio de los niveles de vida de las clases populares en los periodos pre y posrevolucionarios) suele encontrar un impulso en la escuela revisionista, en virtud de un escepticismo básico respecto al testimonio de los contemporáneos, al refinamiento de sus métodos estadísticos o hermenéuticos, a la ampliación del repertorio conceptual y, quizá sobre todas las cosas, al cambio de escala (que usualmente transita de lo macro a lo micro). Pero, si interpre-

tamos a Alan Knight, la desagregación de todas las categorías y la manipulación de las escalas de análisis (que han llevado de un enfoque nacional a uno de la “región”, del pueblo, la hacienda o la familia) corren el peligro de convertirse en una reducción al absurdo. Se trata de la típica situación —a quien le interese la epistemología— donde nadie sabe cuántos casos se requieren para hacer una inferencia. El viejo problema de perspectiva (los árboles o el bosque) sigue siendo un asunto fundamental, de orden teórico y metodológico, en el estudio de la Revolución.

Tercera definición

Una de las estaciones clave en la agenda historiográfica de la Revolución consiste en revalorar la guerra y sus potencialidades subversivas. Es cierto que un historiador puede hablar legítimamente de revolución sin asumir necesariamente la existencia de esa experiencia límite de toda cultura que es la guerra —hay revoluciones sin guerra—. Con toda seguridad, no es el caso de la mexicana; ésta adquirió la forma de una guerra civil, que fue particularmente intensa entre 1913 y 1916. Como ha mostrado cierta historiografía, las guerras civiles y extranjeras en la Revolución francesa de 1789 o en la Revolución rusa de 1917, o bien la naturaleza excepcional de los gobiernos constitucionales sujetos a un esfuerzo bélico sin precedentes (el de Abraham Lincoln en la guerra civil estadounidense o los de Francia, Inglaterra, Alemania o Austria-Hungría en la primera guerra mundial) pueden ser momentos de quiebre y refundación en los planos políticos y culturales de las sociedades. La interpretación de fuertes continuidades sociopolíticas y culturales entre el porfiriato y la Revolución mexicana (hipótesis que ha sido central en la escuela revisionista) descansa en una minusvaloración de la guerra como fenómeno capaz de subvertir un estado de cosas, un orden sociopolítico.

Para el revisionismo historiográfico la guerra civil es un dato menor. No se ha entendido que, como en las experiencias inglesa, francesa y rusa, la guerra es en gran medida el vehículo de la revolución. Por eso la guerra es una de las categorías más incómodas en el estudio de la Revolución mexicana, y no parece haber tenido la densidad teórica e historiográfica que ha merecido en las



historias de los otras revoluciones modernas. La guerra civil y sus secuelas no son un dato externo a la historia de la Revolución en la ciudad de México, sino uno de sus fenómenos constitutivos.

En el mundo urbano de la década de 1910 la subversión propiciada por la guerra se expresa en varios planos. En principio, y como sucedió en la capital de la República, la ocupación de ciudades por contingentes armados implicó el surgimiento de presiones sobre el acceso de vivienda, alimentos, bebidas, dinero, diversiones, etcétera; es decir, una profunda disrupción de la vida cotidiana. Más aún, el tránsito y alojamiento de las tropas generó un *melting pot* instantáneo y problemático entre las costumbres y los imperativos de soldados, oficiales y jefes en movimiento, y los ritmos y hábitos de unos ciudadanos que mal que bien se habían acostumbrado a la *pax* porfiriana. En fin, las ideas nuevas (de justicia, igualdad, belicosidad) generaron en las poblaciones urbanas, de por sí agitadas e hipersensibilizadas por los apremios cotidianos y la violencia, nuevas formas de hacer política, con un fuerte y claro impulso desde abajo. La guerra que corta la historia mexicana debe ser asimilada por el historiador no como un paisaje o un telón de fondo, sino a la manera de un retrato expresionista, como un primer plano que está dominado por la incertidumbre, el dolor y todos los rictus de la muerte.

¿La ciudad del centenario o la ciudad de la revolución?

Existe una importante y persuasiva historiografía sobre la ciudad de México en el porfiriato. Aquella se ha desarrollado analizando los mecanismos de control político y legitimación ideológica del régimen e interpretando los grandes proyectos culturales, urbanísticos y arquitectónicos, la obra pública, las políticas educativas o de salud. Los historiadores entonces han reconstruido ya sea los “proyectos” o el sentido de la “ciudad ideal” pergeñados durante el régimen de Porfirio Díaz.

No obstante, más allá de las aportaciones específicas, estimo que aún existen dificultades epistemológicas e historiográficas para conectar la ciudad del Centenario con la de la Revolución. No está disponible, propiamente hablando, una historia política de la ciudad de México en la década previa a la Revolución y en buena medida no existe una historia del maderismo urbano. Es sintomático al respecto que las historias generales de la ciudad, siempre útiles para otros efectos, han pasado con rapidez sospechosa sobre los años de la Revolución, como si hubiera que omitir la explicación de un periodo no deseado.

Quizá la más importante de las dificultades experimentadas en la investigación ha sido que la épica de la Revolución casi siempre está en otra parte, incluso en las imágenes y narraciones cuyo foco y escenario son la ciudad misma, la presencia de lo exógeno, de lo ajeno, es particularmente intensa. Madero, Carranza, Villa y Zapata podrán haber desfilado con sus tropas y seguidores, triunfalmente, por sus calles, pero la connotación es la de unos *outsiders* que vienen de lejos, del norte o del sur, de otros cielos y otros suelos. Lo propio, lo endógeno, es la expectación, la ansiedad, el tumulto de curiosos sin responsabilidad y sin bandería política establecida. Por si algo faltara, no existe un hito urbano asociado a la Revolución, y tan es así que su monumento es un proyecto arquitectónico porfiriano, luego reciclado para fines conmemorativos por los vencedores. No hay en la ciudad de México una Bastilla. Y sin embargo, aquellos años serían intensos e inolvidables para la ciudad.

Es un hábito argumentar que la sociedad mexicana perdió casi un millón de habitantes en el periodo revolucionario. La población total nacional disminuyó de 15 160 369 habitantes en 1910 a 14 334 780 en 1921 (poco más de 825 000 personas, lo que supuso una tasa de -0.51 anual para el periodo intercensal). Hoy

en día conocemos dos aspectos aún más importantes: que esa “pérdida” no estuvo compuesta únicamente de muertes (directas en el campo de batalla o indirectas por el hambre y las enfermedades) sino por la emigración a Estados Unidos de miles de personas exhaustas por la guerra y las carencias; además, que la violencia y escasez asociadas con la Revolución impidió, debido a las muertes, las migraciones y la disminución en el número de nacimientos, que la población total de la República alcanzara alrededor de 17 200 000 habitantes en 1921.

En ese marco la capital de la República experimentó un incremento neto de población. En el Distrito Federal el aumento de población fue de 185 310 personas entre 1910 y 1921; en el caso de la municipalidad de México (la ciudad propiamente dicha) de 144 301. Una primera conclusión: la ciudad de México absorbió casi 78% del aumento de la entidad. Por diversas fuentes, sabemos que en esa década las ciudades (especialmente las que tenían más de 50 000 habitantes) fueron un destino para las personas que buscaban refugio de las inclemencias de la lucha armada y sus secuelas. La capital no fue una excepción; pero en este caso hubo una suerte de sobre-determinación, debido a la vecindad del teatro de operaciones de los zapatistas contra Victoriano Huerta y el ejército federal, primero, y luego contra las fuerzas de Venustiano Carranza; como se notará, la lucha de los zapatistas se desarrolló, en medida muy amplia e intensa, en comunidades del Distrito Federal y en los municipios vecinos del Estado de México y de Morelos.

Extraño ha sido el fenómeno que llamamos ciudad de México: su inapelable centralidad política y simbólica —si es que estos términos se pueden separar— no guarda proporción con su peso demográfico en el total nacional, en comparación con otras experiencias latinoamericanas. Hacia 1900, entre los más grandes o más poblados países de la región, México ocupaba el último lugar por el peso relativo de la población de la capital en el total nacional. Vistas así las cosas, la ciudad de México no era Montevideo, Buenos Aires o La Habana, capitales cuya población permitía imaginarlas como la sinécdoque demográfica de la patria.

La significación de la ciudad no obedecía a la sola gravitación de su población en el total nacional (incluso si tomamos como referencia el total de la población del Distrito Federal). En 1910 el Distrito Federal era la octava entidad más poblada y representaba sólo 4.7% de la población total. En los momentos más álgidos de la

guerra civil, la centralidad de la capital nacional se verá rebatida y debilitada por la lógica militar propiamente dicha, cuyas prioridades son usualmente pocas pero contundentes: la posibilidad de acceder a recursos fiscales y humanos, y a la provisión de insumos de guerra en el mercado internacional.

En todo caso, el poder económico de la ciudad delinea con mayor precisión su lugar como objetivo militar. En 1910 ya era la primera entidad por número de trabajadores enrolados en la industria, con más de 90 000 obreros, que representaban más de 11% del total nacional (todavía en 1900 el Distrito Federal estaba en segundo lugar después de Jalisco). Pero los servicios eran el baluarte de la entidad: en 1910 representaban 20.2% del total de la fuerza de trabajo nacional empleada en el sector, es decir, poco más de 178 000 personas (de las cuales más de 51 000 se empleaban en el comercio, esto es, 17.5% del total nacional de trabajadores en esa actividad). Ciertamente, y como veremos más adelante, las economías de aglomeración de la ciudad potenciaban sus recursos fiscales y la disponibilidad de recursos humanos para el reclutamiento militar (especialmente de los desempleados en 1914 y 1915) y con ello resarcían, a los ojos de los ejércitos de ocupación, su relativa debilidad demográfica.

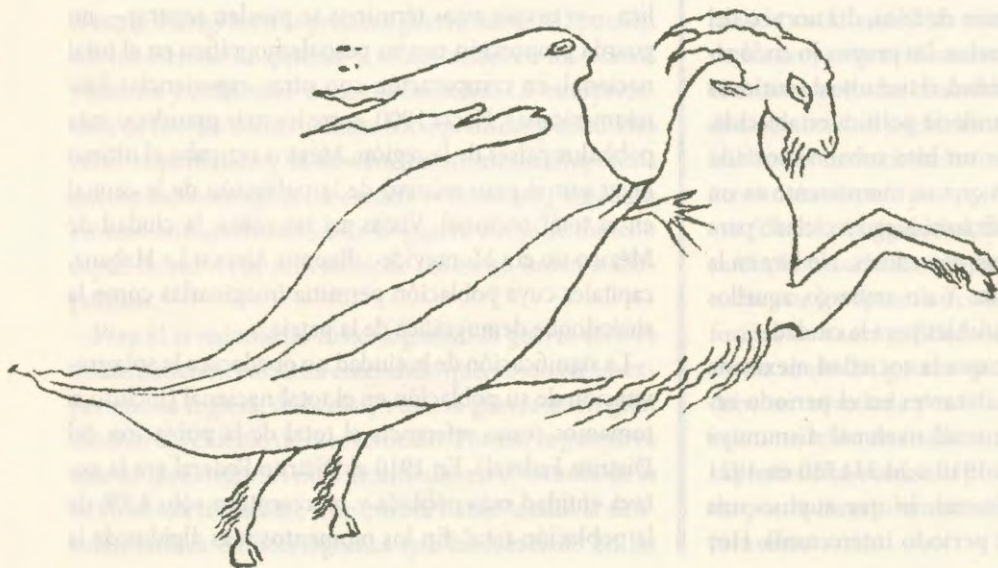
Hacia 1910 la ciudad de México ocupaba casi toda la parte más baja de esa gran hoya cerrada que es la cuenca de México, y su expansión hacia el poniente y el surponiente (Tacuba, Tacubaya, Mixcoac, San Ángel), y hacia el sur (Tlalpan) se había hecho sobre terreno seco, ligeramente más alto que la ciudad. Sólo la expansión hacia

el oriente (por los rumbos de Lecumberri y San Lázaro y las colonias populares a sus alrededores) se realizó sobre terrenos desecados del viejo lago de Texcoco. Un aspecto clave para la ciudad, en términos de su defensa militar, es que si se baja desde las serranías del poniente y del sur del Distrito Federal (es decir, desde las partes altas de las municipalidades de Tacubaya, Santa Fe, Coyoacán, Tlalpan y Xochimilco), el trayecto parecería transcurrir como en un gran tobogán, cuya parte más baja será el área urbanizada de la municipalidad de México. Paisaje de altas cimas, boscoso y rasgado por cañadas con corriente de agua y ríos, esa orografía será una pesadilla táctica para la defensa militar de la ciudad y de las municipalidades foráneas durante la Revolución, especialmente a partir de 1913.

Antes de 1910 la ciudad no se expandió en círculos concéntricos, si no en ejes de metropolización, es decir, un poblamiento organizado según las líneas y redes de los equipamientos urbanos, sobre todo, en este caso, de las líneas de los tranvías. La expansión hacia el surponiente, sur y norponiente (Azcapotzalco) estuvo determinada entonces por el tendido de las vías tranviarias, que si en un primer momento pretendían unir la ciudad con los pueblos viejos de la cuenca, después se convertirían en la causa eficiente para la ocupación de las zonas intermedias deshabitadas.

En todo caso, una respuesta que es una hipótesis: en una sincronía fáustica, la ciudad del Centenario fue la ciudad de la Revolución. Ello ahonda la enorme perplejidad que se desprende de ese año axial (1910) de la historia mexicana. Al momento de conmemorar y celebrar

el Centenario de la Independencia iniciaba en México una de las mayores rupturas políticas y sociales que recuerdan la historia de casi cualquier nación iberoamericana. Como en la representación iconográfica del teatro griego, la ciudad capital, sede privilegiada de los festejos, pasó en unos pocos meses de la risa al llanto y a la vida nueva, en una catarsis que es la historia propiamente dicha. ☞



Una poética de la disonancia*

Pocas veces se discuten textos “críticos” de Arlt, tal vez porque no se consideran como tales, o simplemente porque se ignoran o desconocen al estar desperdigados todavía en publicaciones periódicas de la época. En este sentido, el único paratexto hoy ampliamente conocido (y citado) de Arlt es el prólogo a *Los lanzallamas*, de 1931, “Palabras del autor”, que puede leerse como un texto programático y un apasionado manifiesto personal. Aunque no sean estrictamente textos “críticos” —se trata de notas, apuntes breves y lúcidas reflexiones, a los que hay que agregar una entrevista—, importa destacar que Arlt pensó y escribió sobre muchos temas contemporáneos en las crónicas que publicó en los años finales de su vida: en primer lugar, temas de política internacional, pero también sobre cine y fotografía, literatura y géneros, editores y crítica, cultura en tiempos de crisis, ciencia y arte de la novela, entre otros. Al morir Arlt, Álvaro Yunque, su amigo desde la juventud, aludía (y es uno de los pocos testimonios de un contemporáneo suyo sobre su periodismo final) al “equilibrio” alcanzado por Arlt en sus últimos artículos políticos, en los que “supo aliar su observación —que siempre fue aguda, capaz de descubrir datos originalísimos— a la reflexión y extraer conclusiones certeras de una situación confusa”. Se refiere a las notas que envió el escritor porteño desde Chile en 1941.¹

* Ensayo tomado del libro de Rose Corral, *Roberto Arlt. Una poética de la disonancia*, El Colegio de México, México, 2009.



En 1929, poco antes de que aparezca su segunda novela, *Los siete locos*, se publica una entrevista decisiva (que sepamos la única que se conoce de Arlt) en la que toca una multitud de cuestiones centrales en esos años, asuntos que estaban en el aire como literatura y cultura nacional, sobre modernidad literaria, lo que llama la “ola de modernismo”, tal como la concibe en esos años de agitación vanguardista. Discusiones que la historiografía literaria ha simplificado al extremo al hablar sólo de Boedo *versus* Florida

y al polarizar el campo intelectual de los “nuevos” (que agrupó a escritores de tendencias muy diversas) en dos únicas posturas. Como se verá, en otro artículo del 22 de mayo de 1941, “Escritores jóvenes de la América Hispana”, Arlt hace un balance de su generación literaria, lejos ya de la estridencia de los años veinte, en el que destaca lo que considera un rasgo central de la modernidad literaria o de los “estilos nuevos” (como prefiere decir)² que se perfilan en aquellos años: la “disonancia”.

Arlt, como varios otros escritores hispanoamericanos del periodo —pensamos por ejemplo en el ecua-

¹ “Roberto Arlt”, *Nosotros*, núm. 76, julio, Buenos Aires, 1942, p. 113. Las crónicas de Arlt sobre Chile están recopiladas en Roberto Arlt, *El paisaje en las nubes. Crónicas en El Mundo 1937-1942*, FCE, Buenos Aires, 2009, pp. 608-632.

² La expresión aparece en una excelente crónica que se comentará más adelante, “La tintorería de las palabras”, del 15 de junio de 1940, en la que Arlt formula sus ideas en torno a la noción de estilo y sus vínculos con la época. Véase en *El paisaje en las nubes*, *op. cit.*, pp. 566-568. En este capítulo, las citas de las últimas crónicas de Arlt (1937-1942) se harán según esta edición indicando solamente número de página.

toriano Pablo Palacio (con quien tiene varios puntos en común)—,³ asociados o no directamente con movimientos de vanguardia, pensaron pronto la modernidad de manera crítica como el escenario “de una incansable lucha cuerpo a cuerpo con sus ambigüedades y sus contradicciones”, porque ser moderno es ser a la vez anti-moderno.⁴

Los textos y paratextos de Arlt que se analizan pertenecen a distintos momentos de su trayectoria, entre 1929 y 1941, y permiten por lo mismo apreciar la evolución de su pensamiento en lo que toca precisamente a su concepción de la modernidad y a la valoración de su generación literaria. Se trata por lo tanto de un derrotero inusual en la crítica arltiana, que parte del principio de que no hay ensayos o reflexiones sobre su práctica. En un segundo tiempo, se intentará tender algunos puentes entre estas reflexiones y su propia ficción.

“Escritores jóvenes de la América hispana” y otros textos

Casi al final de su vida, en un artículo publicado en *El Mundo* en 1941 (en realidad una respuesta a un artículo del novelista y ensayista argentino Eduardo Mallea, publicado con un título idéntico, “Escritores jóvenes de la América Hispana”),⁵ Arlt hace un balance y una defensa generosa de su generación literaria. Se trata de

³ Al igual que Arlt, Pablo Palacio forma parte de lo que Ángel Rama llamará *outsiders* o “raros” de aquellos años (“Medio siglo de narrativa latinoamericana”, en *La novela en América Latina. Panoramas 1920-1980*, Universidad Veracruzana-Fundación Ángel Rama, Xalapa, 1986, pp. 106-136). Palacio y Arlt comparten una experiencia y un imaginario, sobre todo, de la modernidad que incluye fantasías distorsionadas, la proliferación de espacios “cúbicos” y un entorno amenazador e inseguro, algo que destaca también Marshall Berman en la “experiencia de la modernidad” (véase nota siguiente). Remitimos a nuestro trabajo “Imágenes de la modernidad en Palacio y Arlt” [en prensa], que presentamos en 2006 en el coloquio internacional “Jorge Icaza, Pablo Palacio y las vanguardias”, organizado por la Universidad Andina Simón Bolívar (Quito, Ecuador) que publicará próximamente las Actas.

⁴ Véase el estudio clásico de Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, Siglo XXI, México, 1988, p. 11.

⁵ En la sección “Books and the Arts” se publica el ensayo de Eduardo Mallea, “The Young Writers of America Hispana” (*The Nation*, 153/17, 26 de abril, Nueva York, 1941, pp. 502-504). Se trata del tercer artículo de una serie sobre “A New World Literature”. El autor argentino es presentado al lector norteamericano por Waldo Frank.

una mirada retrospectiva, serena, una vez sosegados los enfrentamientos de la década anterior, una mirada que procura valorar el trabajo literario de sus contemporáneos, incluido el propio. En esta nota Arlt esboza las líneas de lo que define como una poética generacional: la poética de la disonancia. Ésta es, en su opinión, la naturaleza de su contribución: “[han] realizado una obra en la que la poética actual, con sus exigencias de disonancia, desdibujo y color, ha sido lograda con una perfección que no han superado los poetas europeos”.⁶ La respuesta de Arlt a Mallea se esfuerza no sólo por ampliar la nómina de “jóvenes autores” que presenta Mallea en su ensayo, sino también por esbozar un mapa de la joven literatura argentina.⁷

Admirador de la música de Ígor Stravinski,⁸ es muy posible que Arlt haya extraído de esta afición musical la noción de “disonancia” para caracterizar la modernidad literaria de sus compañeros de generación: una modernidad conflictiva hecha de choques, oposiciones, contrastes, rupturas, disonancias perceptibles en las obras que producen estos autores. El otro aspecto importante de este artículo de 1941 lo constituye el logro

⁶ Roberto Arlt, *El paisaje en las nubes*, op. cit., p. 640.

⁷ Como apunta Arlt, “tengo el honor de contarme entre los amigos de Mallea, es decir entre los autores que Mallea considera dignos de mencionar” (p. 639). Sobre el aprecio de Mallea por Arlt, es bastante revelador el hecho de que lo incluya en una nómina en efecto muy restringida de jóvenes autores argentinos que daba a conocer al lector norteamericano. En *The Nation* escribe Mallea: “In the young Argentine novel, I shall name only *El juguete rabioso* and *Los siete locos* of Roberto Arlt, the tales of Borges, and *La invención de Morel*, in which Adolfo Bioy Casares has made a little fantastic masterpiece in the field of the Stevensonian mystery story” (p. 504). Mallea había publicado en 1928 en el suplemento literario de *La Nación* uno de los mejores cuentos de Arlt, “Ester Primavera”, incluido después en el volumen *El jobadito*.

⁸ En “Música rusa”, aguafuerte porteña del 29 de diciembre de 1929, se aprecia el lugar destacado que ocupa en su opinión Stravinski, “el que ha ido más lejos”. Una de sus “anunciadas” (y no publicadas) novelas se iba a llamar *El pájaro de fuego*, como la obra de este músico. Arlt concluye su nota diciendo que “la música rusa con Stravinski en su más alto pináculo, ha llegado a eso: a pintar un alma que, como las grandes fieras, se sacude y retuerce en su cárcel de carne, buscando la muerte para llegar al cielo de Dios” (Roberto Arlt, *Cronicon de sí mismo*, Edicom, Buenos Aires, 1969, p. 73). En una crónica posterior, “El continente seductor” (13 de noviembre de 1937), Arlt evoca la legendaria Atlántida y escribe: “Y también había bosques, bosques de árboles tan gigantescos que parecían las columnas de sonidos que ha compuesto el divino Stravinski, ante quien nos inclinamos reverentes todos los que hemos temblado escuchando *La consagración de la primavera*” (*El paisaje en las nubes*, op. cit., p. 192).



estético alcanzado por esa generación: una “perfección —subraya Arlt— que no han superado los poetas europeos”. Esta afirmación de independencia intelectual de los escritores argentinos, el sentimiento de que han llevado a cabo una obra a la altura de las europeas, no constituye en 1941 un exabrupto de Arlt o una reivindicación juvenil, como sí lo fue el “americanismo” a ultranza de muchos martinfierristas una década antes. Bastaría con recordar, por ejemplo, la virulencia de su respuesta, en las páginas de *Martín Fierro*, al asunto del meridiano intelectual de Hispanoamérica en 1927. La afirmación de Arlt parece ser, por el contrario, el resultado de un proceso de maduración y reflexión sobre el tema. En efecto, otros comentarios anteriores de Arlt, de finales de los años veinte, se refieren, como se verá, a la desorientación de muchos de los “nuevos”, a la inexistencia también de una cultura nacional o, en todo caso, a un proceso que entonces considera en formación. La postura de Arlt, no cegada por el nacionalismo (ni en la entrevista de 1929 ni en el texto de 1941) —un “nacionalismo a la violeta”, como lo define en un aguafuerte porteña—,⁹ es entonces mucho más abierta y universal

⁹ Véase “Algo más sobre el gaucho” (5 de diciembre de 1932), en Roberto Arlt, *Aguafuertes. Obras*, ensayo preliminar de David Viñas, t. 2, Losada, Buenos Aires, 1998, p. 434.

que la de la mayoría de los jóvenes, incluida, como es bien sabido, la del propio Borges.¹⁰ No deja de ser sorprendente la coincidencia de Arlt con otras reflexiones contemporáneas, en particular las de un escritor tan distante suyo (en muchos sentidos) como lo es Alfonso Reyes, en un decisivo discurso pronunciado en Buenos Aires por los mismos años (y publicado en *Sur*) en torno a la “mayoría de edad” alcanzada por la “inteligencia americana”.¹¹

Sin pretender convertir a Arlt en lo que no fue, un ensayista sistemático o un pensador teórico, es posible afirmar que paralelamente a la escritura de su obra narrativa y dramática, el escritor argentino intervino en algunos de los debates del momento. Este material, que apenas se está reuniendo, permite pensar en Arlt desde otras perspectivas. En estos textos y paratextos el escritor porteño fue fijando su posición en el espectro literario de la época, una posición mucho más definida y concreta de la que la posteridad ha querido reconocerle. A pesar de que la suya no fue desde luego una actuación directa o visible, si pensamos en las distintas manifestaciones, colectivas y ruidosas de los vanguardistas (manifiestos, polémicas públicas, participación en revistas, etc.), tampoco se mantuvo al margen de las discusiones, como tantas veces se ha dicho, con el consiguiente intento de recuperación, muy posterior, por los memorialistas de uno y otro grupo (de Boedo-Florida). Como es bien sabido, no publica nada en la revista *Martín Fierro* aunque sí en *Proa*, y anticipa un capítulo de *Los siete locos* en *Pulso*, otra efímera revista de vanguardia dirigida

¹⁰ En esos años finales de la década de 1920, Borges defiende todavía el criollismo y discute en privado con Alfonso Reyes (véase nuestra edición facsimilar de la revista *Libra* [1929], El Colegio de México, México, 2003, pp. 24-26). Habrá que esperar bastante tiempo para que Borges recoja sus enseñanzas en una conferencia hoy celebrada, “El escritor argentino y la tradición” [1953], que pocas veces sin embargo se pone en relación con las “Notas sobre la inteligencia americana” [1936] de Reyes (véase la referencia en la nota siguiente). Y habrá que esperar todavía más para que declare en una entrevista con Waldemar Verdugo-Fuentes: “Creo que el nacionalismo es un defecto, indudablemente. Y el vicio más incorregible de los argentinos es el nacionalismo [...]. Entiendo que un país que tiene cultura antigua se puede permitir el ser nacionalista, pero aquí sólo tenemos un siglo y medio de cultura nacional. No sé cómo pretendemos ser nacionalistas. No tenemos ni cultura propia siquiera” (*En voz de Borges*, EOSA, México, 1986, p. 98).

¹¹ La conferencia de Alfonso Reyes (“Notas sobre la inteligencia americana”) fue pronunciada en un encuentro entre intelectuales de Europa y América Latina en Buenos Aires en 1936 y publicada en *Sur*, 6/24, Buenos Aires, 1936.

por el peruano Alberto Hidalgo.¹² Pero tampoco actúa clara e incondicionalmente junto a los boedistas en la revista *Claridad*, con quienes tiene de todos modos mayor cercanía y muchas más afinidades, y cuya editorial se encarga de reimprimir *El juguete rabioso* y *Los siete locos*, y de publicar asimismo la primera edición de *Los lanzallamas*.

Si “Escritores jóvenes de la América Hispana” representa una suerte de punto de llegada y una sugerente valoración sobre su propia obra y la de su generación literaria, hay que decir que la opinión de Arlt sobre las obras y los caminos emprendidos por la juventud literaria argentina de aquellos años no fue tan favorable en la década anterior. Un eslabón decisivo para apreciar lo anterior es la entrevista de 1929, publicada en un momento en que parece reconfigurarse el campo intelectual argentino, una vez pasado el primer momento de las vanguardias. La crisis política interna de 1930 y la debacle económica internacional cambiarán poco después el tono y las prioridades de los debates.

La entrevista aparece en el número de aniversario de *La literatura argentina (revista bibliográfica)*, en su primer año de vida.¹³ Esta entrevista permite conocer los puntos de vista de Arlt sobre algunas cuestiones candentes en aquel momento: la existencia problemática de una cultura nacional, el criollismo de la vanguardia argentina, las características del arte nuevo y la noción de modernidad imperante en las filas de la nueva generación literaria. La postura del joven Arlt resulta bastante provocadora e iconoclasta, habla de una radical inconformidad con el entorno literario y cultural del momento, y en todo caso va mucho más allá de la tan traída y llevada polémica entre Boedo y Florida, aunque el propio Arlt se coloque, en el transcurso de la entrevista, junto a Castelnuevo, Barletta y Mariani, escritores identificados con Boedo.

Uno de los primeros temas que toca Arlt es el de la “cultura nacional”, un tema que se debatía desde los años del Centenario, y a cuya discusión se sumaron los jóvenes de la vanguardia a través de la “Primera encuesta” que lanzaron en el número 4 de la revista *Martín Fierro*

en 1924, el mismo número en que aparece el “Manifiesto de *Martín Fierro*”, que escribió el poeta Oliverio Girondo. Las preguntas enviadas a Leopoldo Lugones, Ricardo Rojas, Ricardo Güiraldes, Roberto Mariani, Oliverio Girondo, el pintor Pedro Figari, entre otros, fueron: “¿Cree usted en la existencia de una sensibilidad, una mentalidad argentina?” y, en caso de contestar afirmativamente, “¿cuáles son sus características?” En esta entrevista, Arlt no duda en afirmar tajantemente que “no tenemos cultura nacional”, si por ella se entiende

[...] una psicología nacional y uniforme creada por la asimilación de conocimientos extranjeros y acompañada de una característica propia [...]. Aquí lo único que tenemos es un conocimiento superficial de libros extranjeros. Y en los autores una fuerza vaga, que no sabe en qué dirección expansionarse (p. 25).

Así que no se ha dado todavía, en su opinión, la “capacidad digestiva y de asimilación” que el entusiasta “Manifiesto de *Martín Fierro*” ya proclama como un hecho en 1924.¹⁴ En *El juguete rabioso* es llamativo, como ya ha notado la crítica, que entre las múltiples y heterogéneas lecturas de Silvio Astier no aparezcan obras nacionales que constituyan para el joven lector lecturas formativas. Se menciona a Lugones, *Las montañas de oro*, por ser un libro agotado, codiciado por su posible valor en el mercado. Varias “aguafuertes porteñas” de la época insisten en la misma idea: “no hay espíritu nacional de literatura, no hay un fin social o artístico determinado, no hay nada”.¹⁵ Hay también “desorientación” en los escri-

¹⁴ Aunque en el “Manifiesto...” Oliverio Girondo denuncia la “ridícula necesidad de fundamentar nuestro nacionalismo intelectual, hinchando valores falsos que al primer pinchazo se desinflan como chanchitos”, poco después afirma que “tiene fe en nuestra fonética, en nuestra visión, en nuestros modales, en nuestro oído, en nuestra capacidad digestiva y de asimilación” (*Martín Fierro*, núm. 4, 15 de mayo, Buenos Aires, 1924, p. 1).

¹⁵ “Por qué no se vende el libro nacional”, del 31 de octubre de 1928 (Roberto Arlt, *Cronicón de sí mismo*, Edicom, Buenos Aires, p. 174). En ese mismo volumen y sobre el mismo tema, véase “La lectora que defiende el libro nacional”, del 4 de noviembre de 1928 (pp. 169-172). En otras aguafuertes porteñas Arlt arremete asimismo contra la crítica de libros nacionales, o mejor dicho contra su inexistencia, ya que se trata de una crítica aduladora que “engaña” al público. Véanse “La falsa benignidad periodística”, del 12 de enero de 1929, y “Críticos teatrales”, del 2 de junio de 1929, en *Aguafuertes. Obras*, t. 2, Losada, Buenos Aires, 2009, pp. 398-403. En esta última crónica, Arlt insiste en la inexistencia de una literatura nacional de calidad: “...no soy yo solo el que tiene la sensación de este desastre que constituye nuestra literatura y nuestro teatro, y todas nuestras artes en general.

¹² Cfr. Mirta Arlt y Omar Borré, *Para leer a Arlt*, Torres Agüero Editor, Buenos Aires, 1985, p. 237.

¹³ “Roberto Arlt sostiene que es de los escritores que van a quedar y hace una inexorable crítica sobre la poca consistencia de la obra de los otros.” Véase *La literatura argentina*, núm. 12, agosto, Buenos Aires, 1929, pp. 25-27. En adelante citaré este trabajo, en el texto, por número de página entre paréntesis.

tores porque el pasado “no nos ha legado nada”, “sólo material”, agrega Arlt en la entrevista, “para interesarle a un erudito alemán” (p. 26).¹⁶ Reconoce no obstante que en algunas obras del presente (entre las que incluye su primera novela) está en construcción una obra que perdurará: “Güiraldes con su *Don Segunda Sombra*; Larreta con *La gloria de Don Ramiro*; Castelnuovo con *Tinieblas*; yo con *El juguete rabioso*; Mallea con *Cuentos para una inglesa desesperada*. De estos libros algo va a quedar. El resto se hunde” (*idem*).

El ataque de Roberto Arlt a la “literatura nacional” (o la constatación de su inexistencia) sólo tiene parangón con el que llevará a cabo en México pocos años después uno de los miembros del grupo de los Contemporáneos, Jorge Cuesta, ante el embate de los nacionalistas que los criticaban de cosmopolitas y extranjerizantes. Un nacionalismo, dirá Cuesta, “que sirve de escudo a la mediocridad y a la incultura”,¹⁷ palabras que hubiera suscrito sin duda Arlt en la Argentina en esos años.¹⁸ Arlt asume sin complejo alguno, en la misma entrevista, que los países que nos “educan” son “España, Francia y Rusia” y que los escritores del momento (incluido él mismo) están todavía cerca de sus modelos; de allí que divida a los escritores argentinos en “españolizantes”, “afrancesados” y “rusófilos” (p. 25). La influencia, la imitación de Europa, un asunto que mucho se debatía entonces, no parece ser un problema para Arlt, quien muestra en

Aquí, sacando media docena de autores, el resto es el acabóse” (*ibid.*, p. 402).

¹⁶ César Vallejo había aludido en 1926, en una nota sobre “la juventud literaria de España y América”, al “pasado vacío, al cual [los nuevos escritores] se vuelven en vano para orientarse [...]. Declaramos vacantes todos los rangos directores de España y de América. La juventud sin maestros está sola ante un presente ruinoso y ante un futuro azaz incierto [...]. Que esa cólera de los mozos, manifestada de hora en hora, por los más fuertes y puros vanguardistas, se convierta cuanto antes en el primer sacudimiento creador”. Véase “Estado de la literatura española”, en la edición facsimilar de la revista *Favorables Paris Poema*, núm. 1, julio, Renacimiento, Sevilla, 1926, p. 7.

¹⁷ Jorge Cuesta, “La literatura y el nacionalismo”, en *Poemas y ensayos. Ensayos I*, prólogo de Luis Mario Schneider; recopilación y notas de Miguel Capistrán, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1978, pp. 96-101.

¹⁸ Será precisamente el nacionalismo, el “falso criollismo” como escribirá otro de los miembros del grupo, Jaime Torres Bodet, uno de los puntos de discusión y desacuerdo entre los vanguardistas argentinos y los Contemporáneos de México. Véase nuestro trabajo comparativo “El grupo de *Martín Fierro* y los poetas Contemporáneos”, *Caravelle*, núm. 75, Toulouse, 2001, pp. 517-525.



ese sentido un sorprendente universalismo y una gran apertura. En todo caso, para el autor porteño, parece tratarse de una etapa necesaria en la formación de los escritores argentinos o americanos.¹⁹

Arlt denunciará, poco después, un colonialismo mucho más pernicioso que el de los modelos extranjeros, un colonialismo cultural interno que establece cortes y separaciones, sociales y culturales, entre los que leen en

¹⁹ La postura de Arlt tiene similitudes con (de nuevo) la de Alfonso Reyes, en particular en la respuesta que éste le escribe a Ramón Doll (un amigo, por cierto, de Arlt), en la breve polémica que sostienen en 1930, motivada por el texto de Reyes: “Palabras sobre la nación argentina”. Al quejarse Ramón Doll de la poca originalidad de los intelectuales argentinos, “que se conforman con imitar a Europa”, Reyes le contesta: “¿Pues qué se esperaba usted, tras un siglo, apenas, de autonomía? Y entonces usted se desespera, y acusa de europeizante y descastada a la laboriosa generación que le ha precedido. ¡Sin pensar que esta generación ha debido trabajar con los instrumentos de la cultura europea, únicos que hasta entonces se encuentran en la plaza! [...] Las culturas no se improvisan: quieren tiempo y abono, como toda semilla, para llegar a su fruto” (Alfonso Reyes, *Obras completas*, t. 9, FCE, México, 1996, p. 40).



el idioma original y los que leen en traducciones, o sea la gran mayoría de los escritores argentinos de origen inmigratorio. Como bien lo capta Arlt en esos años, las traducciones constituyen un factor de democratización en el acceso a la cultura. De allí que desenmascara con agudeza, en el breve comentario sobre el *Ulises* de James Joyce (incluido en el prólogo a *Los lanzallamas*), la apropiación clasista de los idiomas y las literaturas por las élites intelectuales de su país.²⁰ La aguda conciencia del carácter social y cultural de estas apropiaciones es otro rasgo que define muy bien la postura crítica de Arlt, quien pronto advierte la existencia de una doble legalidad: desde la perspectiva de la “alta cultura” habría lecturas legítimas de autores extranjeros, las que llevan a cabo los que pueden leer en inglés o en francés, y que

²⁰ Arlt advierte: “[...] otras personas se escandalizan de la brutalidad con que expreso ciertas situaciones perfectamente naturales a las relaciones entre ambos sexos. Después, estas mismas columnas de la sociedad me han hablado de James Joyce, poniendo los ojos en blanco. Ello provenía del deleite espiritual que les ocasionaba cierto personaje de *Ulises*, un señor que se desayuna más o menos aromáticamente aspirando con la nariz, en un inodoro, el hedor de los excrementos que ha defecado un minuto antes. Pero James Joyce es inglés, James Joyce no ha sido traducido al castellano, y es de buen gusto llenarse la boca hablando de él. El día que James Joyce esté al alcance de todos los bolsillos, las columnas de la sociedad se inventarán un nuevo ídolo a quien no leerá sino media docena de iniciados” (“Palabras del autor”, en *Los siete locos y Los lanzallamas*, Mario Goloboff (ed.), Archivos-Unesco, París, 2000, pp. 285-286). Salvo indicación contraria, todas las citas a estas novelas se harán según esta edición.

corresponden a una élite cultural y social minoritaria. Y habría también apropiaciones ilegítimas, de los que leen traducciones: las traducciones masivas de la editorial Claridad, por ejemplo, que difunden otro tipo de literatura, obras de Henri Barbusse (*El fuego*) o Erich María Remarque (*Sin novedad en el frente*).

Arlt rechaza también, con ironía, la corriente de autoctonismo de los jóvenes que en Argentina ha llevado a la glorificación de la “desvalorizada moneda del gaucho”,²¹ al que considera un nacionalismo superficial y acomodaticio. Está claro que condena por inauténtica y falsa la búsqueda de identidad nacional en el criollismo que practican los jóvenes de la vanguardia. Es una de las pocas voces en cuestionar esta veta nacionalista y en alertar (Leopoldo Marechal es otro de los críticos en las mismas páginas de *Martín Fierro*)²² sobre los excesos del criollismo entre los jóvenes escritores. Volverá a referirse al gaucho en dos “aguafuertes porteños” de 1932 —la ya citada “Algo más sobre el gaucho” y “La mula de lo gauchesco”—, para denunciar la “mula” o el engaño de lo gauchesco, un gaucho que no existe ya y que extrañamente “el ambiente moderno” resucita. Cercano a la visión sarmientina, Arlt lo identifica con la barbarie y cuestiona, como lo había hecho ya Roberto Mariani, la asociación entre la llamada “nueva sensibilidad” y *Martín Fierro*, el símbolo de lo gauchesco:

La generación de escritores del año 1921 empezó con una revista: *Martín Fierro* (donde se ensalzaba a la nueva sensibilidad ¡y qué distante está esto del gaucho!) a remover los escombros de una tapera ha mucho tiempo desmoronada. Luego Güiraldes, con *Don Segundo Sombra* y Larrea con *Zogoibi* hicieron circular esa desvalorizada moneda del gaucho, y los eternos imitadores, la cáfila de escritorzuelos desocupados, recitadores de radio, compositores de tango y declamadoras profesionales, hicieron el resto.²³

La defensa de Arlt en lo que toca a lo nacional —su personal batalla—, la dará en el terreno del lenguaje, pugnando por una lengua viva, actual, el “idioma de los argentinos” hablado en las calles de la ciudad. Se opone en sus “aguafuertes” a los gramáticos de la lengua, a los

²¹ “Algo más sobre el gaucho”, en *Aguafuertes. Obras, op. cit.*, t. 2, 5 de diciembre, 1932, p. 435.

²² Marechal alude en 1926 a las “enfermedades” que amenazan a las nuevas letras rioplatenses: “el gaucho y el arrabal” (“El gaucho y la nueva literatura rioplatense”, *Martín Fierro*, 3/34, octubre, Buenos Aires, 1926, p. 4).

²³ Roberto Arlt, *Aguafuertes. Obras*, t. 2, *op. cit.*, pp. 434-435.



defensores puristas de la norma del español, e inicia lo que llama con humor sus “estudios de filología lunfarda” al mismo tiempo que va incorporando este lenguaje a sus novelas.²⁴

Pero son tal vez sus comentarios críticos sobre el arte nuevo, la “nueva sensibilidad” o la “ola de modernismo” —tal como los percibe en la entrevista de 1929— los que merecen mayor atención, por ser Arlt considerado precisamente el introductor de la novela moderna en el Río de la Plata: “Cuando las nuevas generaciones vengán y puedan leer algo de todo lo que se ha escrito en esos años, se dirán: ‘¿Cómo hicieron estos tipos [acaba de referirse a ‘Castelnuovo, Mariani, Eandi, yo y Barletta’] para no dejarse contagiar por esa ola de modernismo que dominaba por todas partes?’” (p. 26). La distancia la pone Arlt, como se verá, con cierta “idea” de la modernidad y no con la modernidad en sí.

¿Qué entiende en esos años por “ola de modernismo” y por arte nuevo, y cómo va abriéndose paso su propio punto de vista, paralelamente a la escritura de sus novelas mayores? Aunque no habla de vanguardia sino de las nuevas tendencias literarias en Argentina, la noción de lo nuevo y lo moderno está en el centro de esta entrevista. Arlt se opone a la idea de modernidad que reina en su entorno, una modernidad que “trabaja con pocos elementos, fríos y derivados de otras literaturas de

²⁴ “El idioma de los argentinos”, *ibid.*, 17 de enero de 1930, pp. 161-164.

decadencia”, palabras en las que hay evidentes huellas de la condena al “arte deshumanizado”, una literatura en donde está ausente “el problema social y el problema religioso”. Y agrega que estos escritores desorientados “tienen inquietudes intelectuales y estéticas” pero “no espirituales e instintivas” (p. 26).

Lo que parece estar en juego, en 1929, es la fundación (pues para Arlt no hay una tradición heredada o no se reconoce en los modelos propuestos) de otros paradigmas para una literatura nueva que vaya, es obvio, más allá de la incorporación de los signos visibles de la modernidad.²⁵ Al oponerse entonces a la “ola de modernismo”, Arlt se distancia de lo que parece enjuiciar como la “modernolatría” de este momento literario, una “modernolatría” que excluye a la crítica y que se restringe a la creación de una técnica nueva o, como lo había dicho César Vallejo, a un “léxico nuevo”.²⁶ Para Arlt, “no basta tener una herramienta para trabajar”, lo que sin duda tienen varios de sus contemporáneos, les falta “material sobre el que desarrollar sus habilidades” (p. 26).

Esta crítica al lenguaje de cierta literatura moderna o nueva, una literatura acrítica a la que le falta sustancia o vida, se advertirá también en otros comentarios dispersos en las crónicas que escribirá ya a finales de los años treinta, cuando reflexiona sobre el arte de la novela en tiempos difíciles para la cultura, durante la Segunda Guerra Mundial. Se trata de un cuerpo de textos prácticamente inexplorados por la crítica, un material sumamente sugerente que permite ir afinando o preci-

²⁵ Diez años después, en Montevideo y en términos semejantes a los de Arlt, Juan Carlos Onetti —desde las páginas de la revista *Marcha*— pugnará por una nueva literatura, una literatura moderna (pero no modernolatra, al igual que Arlt) centrada en la ciudad y alejada de lo supuestamente “nuestro” o “nacional” que busca o construye “ranchos de totora, velorios de angelito y épicos rodeos”, para finalmente concluir: “¿Por qué irse a buscar los restos de un pasado con el que casi nada tenemos que ver y cada día menos, fatalmente?” (Juan Carlos Onetti, “Literatura nuestra”, en *Réquiem por Faulkner y otros ensayos*, Arca-Calicanto, Buenos Aires, 1976, p. 28). En el capítulo “Narración y simulacro en Onetti y en Arlt” apuntamos los vasos comunicantes existentes en las ideas sobre literatura de ambos escritores.

²⁶ “Poesía nueva”, en *Favorables Paris Poema*, Renacimiento, Sevilla, 1926, p. 14. En una aguafuerte porteña del 23 de noviembre de 1929 (“¿Para qué sirve el progreso?”), Arlt critica la idea simplista y burda del progreso que oye a su alrededor: “¿El teléfono lo hace más feliz, un aeroplano de quinientos caballos más moral, una locomotora eléctrica más perfecto, un subterráneo más humano? Si los objetos nombrados no le dan a usted salud, perfección interior, todo ese progreso no vale un pito...” (*Aguafuertes*. Obras, t. 2, *op. cit.*, p. 579).

sando lo que entiende el escritor por novela moderna en consonancia con la época y el momento histórico. Fuera de “Cómo se escribe una novela”, una aguafuerte del 14 de octubre de 1931 —en la que se define como un novelista *pur sang* frente a los escritores metódicos y ordenados que trazan planes y se sujetan a ellos—, y del prólogo a *Los lanzallamas*, no se sabía de la existencia de varios textos de Arlt sobre el arte de la novela. Ya iniciadas las hostilidades, en 1940, y consciente —escribe Arlt— del “momento catastrófico” que se vive, lleno de incertidumbre, un momento amenazado por “la muerte, la sensación de traición, la sensación de locura que abarca tremendos sectores de hombres...”,²⁷ Arlt interrumpe su columna de “Al margen del cable” en dos momentos (a mediados de 1940 y de 1941) para pensar en la literatura en estas circunstancias.

Como en 1929, Arlt vuelve a criticar la novela que es, dice en “Literatura sin héroes”: “obra de escritores que dominan el arte de escribir pero que carecen de asunto. Se podrían comparar a estos autores con albañiles en disponibilidad. Saben manejar la cuchara, el nivel, la plomada, pero no tienen edificios que construir” (p. 671). El “instrumento”, o sea las palabras, no puede estar al margen del momento histórico: aquéllas se impregnan del “color”, del “sonido” que reina en el ambiente (de la “disonancia”, precisamente) para acoplarse a la época:

En cada época, la humanidad sumergió la palabra en las policromas cubas de una tintorería espiritual, y de esta tintorería invisible la palabra salió barnizada de matices nuevos, coloreada de flamas más brillantes, empastada de tintas más calientes, más ligeras, más duras (p. 566).

Los “colores industriales”, la “arquitectura necesitada de espacio”, los “triples fenómenos del arte sometido a los cambiantes reflejos de la economía, de la política y de la mecánica”, han engendrado, dice también Arlt, “escritores nuevos”, es decir, “estilos nuevos” (p. 567). Compara el estilo de Chateaubriand con el de Huysmans y Dos Passos para finalmente concluir que media entre ellos “la misma distancia que aquella que podemos descubrir entre un sulky y un avión”.²⁸ El “estilo

²⁷ “La tintorería de las palabras”, en *El paisaje en las nubes*, op. cit., p. 568.

²⁸ Esta comparación es equiparable a la que el mismo Arlt había establecido años antes entre su primera novela, *El juguete rabioso*, ensalzada por la joven generación, y la ruptura y modernidad a que apunta su siguiente novela, *Los siete locos*: “Según su propio autor, *El juguete rabioso* como novela se parece a *Los siete*

eléctrico” de *Manhattan Transfer* —sigue diciendo en “La tintorería de las palabras”— no está desligado “del frenesí brutal que bailotea en las piernas del ciudadano de Nueva York” (p. 567). Tal parece entonces que la intensa compenetración entre época y palabra, lenguaje o estilo, está en el centro de su reflexión sobre la novela moderna.

En “Necesidad de un Diccionario de lugares comunes” —una excelente crónica sobre lo que entiende por “estilo”, que es también un guiño a los personajes de Flaubert, Bouvard y Pécuchet, y a la obra que preparan—, Arlt insistirá en el mismo tema: “[...] debajo del léxico [...] se encuentra un determinado edificio espiritual o psicológico”, y agrega: “Se puede deducir todo el estado mental de una época por ciertos giros del idioma” (p. 661). A lo largo del diálogo que entablan en esta crónica el “filólogo” y el “filósofo”, Arlt hace una defensa del “estilo” o del “idioma” de un escritor que, si es auténtico, se enfrenta al “lugar común” de su época.²⁹ La “singularidad verbal” de un escritor puede “agraviar”, dice Arlt, “la falta de estilo de otros hombres”, cuyo lenguaje está construido con lugares comunes. Su defensa de lo que concibe como “estilo”, en contra del lugar común, es en el fondo otra forma de defender lo que entiende por una literatura nueva, acorde con los tiempos, una literatura viva que choca “con la estupidez ambiente” y que hace que ese escritor se sienta incluso como un “extranjero en su propia patria” (p. 662):

La mayoría de los hombres llevan en su interior monstruosas arquitecturas de juicios, construidas con ladrillos amasados de barro de lugares comunes, y la grosera fábrica en la cual habita intelectualmente, se les antoja lujoso palacio. Cuando otro hombre, cuyo idioma no está ensamblado de lugares comunes les expresa realidades espirituales o psicológicas diferentes a las que ellos están acostumbrados a reverenciar, se les antoja que están escuchando a un ladrador de injurias; y entonces odian ferozmente al hombre que por no expresarse con frases hechas, ofende sus con-

locos lo mismo que una pistola antigua con una automática” (citado por Raúl Larra, *Roberto Arlt, el torturado*, Ediciones Ánfora, Buenos Aires, 1973, p. 57 [1ª ed., 1950]).

²⁹ Parece claro que Arlt ha dejado atrás la noción limitada de estilo que había esgrimido en defensa propia (“Se dice de mí que escribo mal. Es posible”) en las “Palabras del autor” en 1931. Allí Arlt afirmaba que “para hacer estilo son necesarias comodidades, rentas, vidas holgadas. Pero, por lo general, la gente que disfruta tales beneficios se evita siempre la molestia de la literatura” (*Los siete locos* y *Los lanzallamas*, Adolfo Prieto (ed.), Ayacucho, Caracas, 1978, p. 285).

vicciones con la *fortaleza de un estilo* (p. 662; cursivas nuestras).

En esa defensa del estilo encontramos similitudes entre los argumentos de Arlt y los de un escritor contemporáneo suyo al que probablemente no leyó, Louis-Ferdinand Céline, a quien se consideró precisamente “un ladrador de injurias” y al que se le reprochó el uso de “una prosa hablada, traspuesta” y un estilo “irritante”.³⁰

Arlt condenará también en esos años géneros en boga, como el “diario íntimo” y la morosa novela subjetiva, “la apoteosis de la ficción atomizada”,³¹ escribe pensando sin duda en la novela *Contrapunto* de Huxley, muy comentada en esos años, porque semeja una “galería de retratos”, sin acción dramática, que no está acorde con los tiempos que corren. Pero tampoco aboga por el realismo, un realismo que fustiga y define como de la “medianía”, de las “apariencias externas”, con personajes cotidianos, planos, sin relieve, “una medianía”, agrega, que constituye “una peste” en la novela contemporá-

³⁰ Louis-Ferdinand Céline, *Le style contre les idées*, prefacio de Lucien Combelle, Éditions Complexe, Bruselas, 1987, pp. 61-73. Céline hará en efecto una defensa parecida del estilo al que concibe como una lengua viva, una lengua “que da la medida de una época, o el tono de una época”. Y estilos que dan ese tono, hay muy pocos en una generación. Al escritor de hoy, dice también Céline, sólo le queda el estilo, el trabajo con el estilo, porque la novela ya dejó de testimoniar. Se queja del rechazo que reciben sus obras porque no ostentan, dice, “un estilo admitido”, un estilo convencional, es decir, un estilo que no conlleva riesgos: la lengua francesa “pura, refinada” pero “muerta” de las novelas habituales (Céline, *ibid.*, p. 55). Ese estilo es el que “fuerza en cierta forma las frases a salir levemente de su significación habitual” y “a sacarlas de sus goznes, por así decirlo, y desplazarlas...” (la traducción es nuestra). En “El idioma de los argentinos”, Arlt había dicho, comparando el arte de escribir con el boxeo, que el escritor, al igual que el pugilista, debe “sacar golpes de ‘todos los ángulos’” (*Aguafuertes. Obras*, t. 2, *op. cit.*, p. 162).

³¹ “En torno de esta apoteosis de la ficción atomizada se estructura la estética del llamado arte nuevo” (*El paisaje en las nubes*, *op. cit.*, p. 670). La novela de Huxley acababa de ser traducida y publicada en Buenos Aires por Sudamericana. Al referirse probablemente a esta misma novela, Borges parece coincidir con la apreciación de Arlt, o sea que se trataría de una novela alejada de lo que concibe como ficción: “De otros libros de Huxley cabe decir que no son más (ni menos) que la conversación habitual de un hombre inteligente. Algunos fingen ser ficciones; conozco su renombre, pero son los que menos me ban alegrado” (*Borges en Sur [1931-1980]*, Emecé, Buenos Aires, 1999, p. 217).



nea, precisamente por estar alejada del presente, cuando “el planeta es conmovido por la acción de héroes negros, rojos y blancos como en la astral clasificación de la magia” (p. 670), aludiendo con ello a los principales actores políticos que en 1940 convulsionan el panorama mundial. La realidad del momento sobrepasa, parece decir el escritor, cualquier invención literaria. A pesar de que en esos años se imponía, en amplios sectores de las izquierdas, la defensa del “realismo socialista”, Arlt se mantiene a distancia. Atento sin duda a “la hora del mundo”, sus reflexiones sobre literatura y política, ajenas a consignas partidarias, son un testimonio de su libertad de pensamiento, y alcanzan, como se verá, una hondura inusitada.

En su crítica al realismo Arlt rescata no obstante —y ello es revelador de lo que es su propio estilo (que la crítica más reciente viene vinculando al expresionismo)— “la exageración en la descripción de las cosas hasta su retorcimiento”, lo que produce, “dentro del realismo, un fenómeno de estilo esencialmente poético” (p. 669). En esta línea lee la obra de Valle-Inclán y, de manera congruente, parece ser una vez más el estilo lo que salva determinadas obras y autores, y no la adscripción a una determinada corriente literaria. Tampoco la novela moderna puede estar al margen de los descubrimientos revolucionarios de las ciencias físicas, en particular de la “revolución de los cuantos” iniciada por Max Planck en 1905: “La aventura mediante la cual estos misteriosamente jóvenes físicos determinaron la arquitectura del átomo... [e] inventaron aparatos para bombardear



físicamente un átomo, no ha sido descrita por ningún novelista” (p. 652). Reclama finalmente “acción” y “héroes” que estén a la altura de ese “hoy” que escribe con mayúsculas y que percibe del siguiente modo en julio de 1940:

[...] de pronto, el tiempo escribe en el cielo con flamigera tizona esta palabra: HOY. Es decir, final de época. Destrucción de imperios. Nacimiento de horrores. Guerra. Cifra astronómica en los presupuestos. Europa barrida por un simún de fuego. Hitler convertido en sinónimo del Anticristo. ¡Hoy! (p. 570).

Por último, la discusión de lo que entiende por arte nuevo o novela moderna es desplazada, en algunas de las últimas crónicas que publica en *El Mundo*, por una reflexión más apremiante todavía ante el avance del nazismo: ¿cómo escribir ahora que se ha fracturado el “mecanismo de nuestra palabra”, o sea la compenetración que entre palabra y época ha marcado el hecho literario a través del tiempo? Las disonancias que “oye” Arlt no son ya las de la modernidad urbana e industrial, sino las históricas; con ello anticipa ideas que aparecerán después del final de la guerra, cuando se mida la magnitud del desastre. Ante lo que califica como la “aventura criminal” de un “ex hombre y su banda”, la “palabra se

descubre tartamuda, impotente” (p. 567): El nazismo funciona entonces como un parteaguas que congela la palabra, la silencio. Para ese tiempo de agonía, se pregunta Arlt, “¿qué estilo, qué palabra, qué matiz, qué elocuencia, qué facundia, qué inspiración dará el ajustado color?” (p. 568).

Estas reflexiones finales de Arlt sobre literatura y época alcanzan una clarividencia poco común, que completan la imagen de un escritor metido de lleno en el momento histórico que le toca vivir.³²

Disonancias arltianas: la invención de un “estilo nuevo”

Basta revisar algunas de las críticas más comunes que se hicieron a la obra de Arlt para comprobar que el “estilo nuevo” que su obra incorpora a la literatura argentina de aquellos años no fue comprendido. “Arlt escribía mal, componía mal”, así lo sentenció el crítico reconocido como Anderson Imbert en su *Historia de la literatura hispanoamericana* en los años sesenta. Los que intentaron describir su estilo, sin enjuiciarlo, como Mercedes Rein (“técnica discontinua y delirante”), Jean Franco que se refiere a *Los siete locos* y a su continuación como a novelas “que siguen un esquema puramente accidental, de encuentros casuales y violencias súbitas”, o Fernando Alegría que con agudeza se refiere a su gran libertad expresiva que no se deja encerrar en premisas éticas o ideológicas, se acercaron por lo visto mucho más a la verdad de su literatura. Las disonancias arltianas, que hablan de su inconformidad con un lenguaje y un estilo convencionales (el “escribir bien” de sus contemporáneos) y que motivan la exploración de otro lenguaje y otras formas narrativas, más acordes con sus coordenadas espaciales y temporales, tardarán mucho en poder ser leídas.

Es tal vez Emilio Renzi, el personaje de la novela de Ricardo Piglia, *Respiración artificial*, uno de los primeros y mejores lectores del estilo del escritor porteño. Arlt, dice Renzi,

³² Hemos ahondado en esas reflexiones en torno a la “fractura” que Arlt observa en “el mecanismo de nuestra palabra”, a partir de lo que significa para él el nazismo y el inicio de la Segunda Guerra Mundial, en “Un argentino piensa en Europa: Roberto Arlt en sus últimas crónicas”, introducción a *El paisaje en las nubes*, op. cit., pp. 13-35.



trabaja con los restos, los fragmentos, la mezcla [...]. No entiende el lenguaje como unidad, como algo coherente y liso, sino como un conglomerado, una marea de jergas y de voces [...]. Y ése es el material sobre el cual construye su estilo.³³

La idea de la escritura de Arlt concebida como un todo heterogéneo (mezcla de estilos y de tonos) hará fortuna, como se deduce de la mayoría de los acercamientos críticos posteriores a la novela de Piglia. Al definir su “estilo”, Renzi habla sin duda de lo que entiende como la modernidad literaria de Arlt: “El que abre, el que inaugura, es Roberto Arlt. Arlt empieza de nuevo: es el único escritor verdaderamente moderno que produjo la literatura argentina del siglo xx”.³⁴

Hay que empezar por recordar lo que llama Arlt, en una de sus aguafuertes porteñas, “la escuela de la calle”,³⁵ un vagabundeo, una *flânerie*, que conforma una de las “escenas primarias” de su narrativa —como las llama Marshall Berman en su estudio sobre “la experiencia

de la modernidad”—,³⁶ en la que se hacen presentes las disonancias propias de la gran ciudad. Sólo que la heterogeneidad y la mezcla perceptibles en las calles de las aguafuertes —y podría tomarse por ejemplo, “Corrientes, por la noche”, del 26 de marzo de 1929 (publicada en el mismo momento en que Arlt está escribiendo *Los siete locos*)— contrastan notoriamente con la experiencia de la calle y el deambular por la ciudad de los personajes de sus novelas.

En las crónicas Arlt observa entusiasmado la confraternidad de la “calle vagabunda”, su poder “transfigurador” bajo las “luces fantasmagóricas”, y esa “humanidad única, cosmopolita y extraña” que allí “se da la mano”: “Todos confraternizan en la estilización que modula una luz supereléctrica y una especie de estremecimiento sordo, que no se sabe si brota de la entraña de la tierra o cae del cielo purísimo, alto...”³⁷ En las novelas, por el contrario, las notas discordantes hablan de una modernidad que atrae, fascina y expulsa a la vez a sus personajes en un Buenos Aires fantasmal y realista. En la calle se materializa el “rencor cóncavo” de Astier que lo aísla e incomunica, “el terror”, la angustia y los estados divididos de conciencia de Erdosain. La ilusión de pertenencia a un espacio, la calle, que se respira en la crónica, es desmentida en las novelas y sustituida por una experiencia estética de aislamiento y angustia.

En *Los siete locos* y *Los lanzallamas* esta modernidad se construye por saltos, vuelcos, discontinuidades, cortes abruptos y anticlimáticos, y por medio de un simultaneísmo que incorpora diferentes espacios y voces de la urbe. Se combinan los elementos más disímiles como en un *collage*: planes de fábrica, mapas, noticias de periódico, presupuestos de prostíbulos.³⁸ La disonancia, tal vez el signo mayor de esta modernidad, está en la transposición verbal de una pluralidad de espacios y lenguajes, y también en la disparidad de emociones, sensaciones, percepciones, sueños y fantasías de los personajes que

³⁶ Véanse en particular los capítulos “Baudelaire: el modernismo en la calle” y “San Petersburgo: el modernismo del subdesarrollo”, en *ibid.*, pp. 129-173 y 218-258.

³⁷ *Aguafuertes. Obras*, t. 2, *op. cit.*, p. 231. *Cursivas nuestras.*

³⁸ Para Saúl Yurkievich el *collage* presupone “una poética basada en la discontinuidad y la disonancia...” (*A través de la trama. Sobre vanguardias literarias y otras concomitancias*, Munchnik Editores, Barcelona, 1984, p. 58). Beatriz Sarlo, en “Arlt: la técnica en la ciudad”, alude a “una ciudad de *collage* cubista”, y a su “belleza caótica y transgresiva” (*La imaginación técnica. Sueños modernos de la cultura argentina*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1992, p. 46).

³³ Ricardo Piglia, *Respiración artificial*, Pomare, Buenos Aires, 1980, pp. 169-170.

³⁴ *Ibid.*, p. 164.

³⁵ “El placer de vagabundear”, en *Aguafuertes. Obras*, t. 2, *op. cit.*, pp. 115-117.

deambulan por las novelas. Si en la crónica prevalecen la fraternidad, la euforia callejera de luces y animación, en las novelas predominarán el conflicto, los choques, las “emociones híbridas, monstruosas e ingobernables” que caracterizan “el espíritu moderno”, escribe en 1927 Virginia Woolf en un notable ensayo, pocas veces recordado por los pensadores de la modernidad.³⁹ Estas emociones o vivencias fragmentarias, incoherentes, que hablan de la incertidumbre y extrema fragilidad de la existencia moderna, ese “conglomerado de cosas incompatibles” —sigue diciendo Woolf—, no caben ya en los moldes de la novela convencional; en 1919 la misma Woolf había escrito que la novela es “una estructura que de día en día, menos se parece a nuestra visión mental”.⁴⁰

Los conflictos y desequilibrios que inician con Silvio Astier —en *El juguete rabioso*—, en un mundo que todavía conserva cierta estabilidad, culminan con Erdosain en el universo caótico de *Los siete locos* y *Los lanzallamas*. En la visión portuaria a donde se dirige Silvio hacia el final de la novela, en un intento desesperado por escapar de la ciudad que lo va atrapando en sus redes, se hace presente ya, en esta primera novela, lo que llamará muchos años después la poética de la “disonancia”:

caminaba alucinado, aturcido por el incesante trajín, por el rechinar de las grúas, los silbatos y las voces de los faquines descargando grandes bultos [...] la visión de las enormes chimeneas oblicuas [...] ese movimiento ruidoso compuesto del entrecruzamiento de todas las voces, silbidos y choques, me mostraba tan pequeño frente a la vida [...].⁴¹

La “trepidación metálica” que envuelve a Astier no ha penetrado todavía en su cuerpo y en sus emociones, pero anuncia a Erdosain, atrapado en “engranajes”, re-

³⁹ Véase “Le pont étroit de l’art”, en *Essais sur le roman*, Seuil, París, 1963, p. 67. La traducción de ésta y la siguiente cita es nuestra.

⁴⁰ “Le roman moderne”, *ibid.*, p. 14.

⁴¹ *El juguete rabioso*, Rita Gnutzmann (ed.), Cátedra, Madrid, 1985, p. 191. Cursivas nuestras.



corrido por fuerzas mecánicas.⁴² La modernidad y la crítica a esta modernidad se dan la mano en muchas de las mejores páginas de *Los siete locos* y *Los lanzallamas*, y configuran ese “estilo nuevo” al que se referiría años después Arlt en sus crónicas.

Final

La modernidad, para Arlt, en la Argentina de los años veinte y treinta, está tanto en el lenguaje vivo de la ciudad porteña que defiende en sus “aguafuertes” y que incorpora en sus novelas,

como en la sintonía o conjunción entre palabra o estilo y época. En ello reside, como lo expresara él mismo, “la fortaleza de un estilo”. Con la poética de la “disonancia”, Arlt, que no era un teórico, logró acuñar en 1941 un concepto que es una buena síntesis de lo que entiende por modernidad, una modernidad que se centra en lo dispar, contradictorio y conflictivo, y cuya mejor expresión se encuentra sin duda en sus propias novelas. La ficción arltiana ha hecho suya, en su estructura formal misma, “la disonancia de la condición humana”.⁴³

Si en la entrevista de 1929 Arlt rechazaba una noción de modernidad superficial y afirmaba que hay que construir la tradición o armarla desde el presente, en 1941, en una amplia mirada retrospectiva, le reconoce este gesto fundador a buena parte de su generación literaria, poetas y narradores incluidos, sin distinción de escuela o grupo. Con ello nos da una lección de apertura y de inclusión, rasgos que se volverían cada vez más escasos en la escena literaria argentina de los años siguientes.⁴⁴

⁴² Véase nuestro estudio “El imperio de lo imaginario”, en *El obsesivo circular de la ficción. Asedios a Los siete locos y Los lanzallamas de Roberto Arlt*, El Colegio de México-Fondo de Cultura Económica, México, 1992, pp. 91-109.

⁴³ Cfr. Claudio Magris, *Utopie et désenchantement*, Gallimard, París, 1999, p. 37.

⁴⁴ Este artículo es una amplia reformulación de un primer trabajo que fue leído en la Universidad de Colonia (Alemania) en noviembre de 2004 en el marco del coloquio internacional “El Río de Plata en el Centenario: Buenos Aires 1910-1930”, coordinado por Christian Wentzalf-Eggebert.

Caleidoscopio de la guerra civil española*

Actores, memorias e identidades

Hace unos cuantos meses, con motivo de una mesa de celebración de los 70 años de la Casa de España, Clara Lida empezó su ponencia diciendo algo así como lo siguiente (y no voy a buscar la cita porque, justamente, quiero expresarlo tal como lo guardo en mi memoria): “No deja de ser curioso que hoy celebremos 70 años de una institución que vivió sólo unos cuantos meses, la Casa de España en México”. Entre el público hubo un cierto desconcierto que de inmediato se transformó en algunas risas. Pensé que era una manera muy hábil de quitarle peso pero no densidad a lo que iba a decir después, dar inflexiones risueñas a lo que fue para muchos una tragedia. De niño oí hablar de la guerra civil española a mis abuelos y a mi padre, pero él, junto con sus hermanos, niños cuando el conflicto, me hablaban de cómo jugaban entre los bombardeos y cómo no era aún una tragedia, porque en medio de todo eso privaba el impulso lúdico de los ocho o diez años.

La tragedia vino después en el exilio, y no porque no lo fuera desde antes sino porque, como testifican muy bien los “niños de Morelia”, ocurrió antes pero fue después cuando esos niños tomaron conciencia intuitiva de lo que significaba el exilio, justamente porque ellos no habían hecho la guerra, sólo la habían vivido. Cuando años después leía testimonios y análisis sobre el conflic-



to no me extrañaba ver reflejados en ellos una curiosa alegría en medio del desastre, que en la bruma de la muerte sobrevivía esa condición lúdica que nos vuelve más plenamente humanos. Por eso tampoco me extrañó que cuando Clara Lida entregara al departamento de publicaciones el libro que ahora reseño su título guardara algo de esa capacidad de juego, pues el caleidoscopio puede ser melancólico y triste en raras ocasiones, pero muchas más alegre y festivo, lejano de todo responso fúnebre.

Las implicaciones de un título son, lo sabemos, polisémicas. En este caso lo cambiante es un factor esencial, no sólo porque cambia el punto de vista sino porque cambia lo visto, que se modifica con nuevas informaciones, interpretaciones, testimonios. Son los historiadores, junto a los novelistas, los que mejor conocen esa condición de cambio que da el reacomodo de los cristales traslúcidos del caleidoscopio. Dicen los que saben que las combinaciones son infinitas y que nunca se agotan las variantes. Y el exilio español está hecho de tantos cristales como exiliados hubo. Por eso en la bibliografía que hay sobre el asunto es tan importante la de los testimonios personales, la de aquello que se lee con un eco constante que repite: esto me pasó a mí.

Clara, sin embargo, es una historiadora connotada, y sabe que parte de su trabajo es llevar esos testimonios a un nivel abstracto, delimitar tendencias, describir comportamientos colectivos, hacer ver los conflictos de carácter social, enhebrar las polémicas ideológicas, en resumidas cuentas, saber qué pasó, porque mientras permanecemos en ese “eso me ocurrió a mí” aún no sabemos qué pasó. Como además de historiadora es

* A propósito de la obra de Clara E. Lida, *Caleidoscopio del exilio. Actores, memoria, identidades*, El Colegio de México, México, 2009.

inteligente y sensible sabe también que no puede perder ese origen en que el hombre —la persona— es hombre y no abstracción numérica, como ocurre en las estadísticas, ni materia de formulaciones teóricas que ignoran su principal contenido, la persona. Cuando se nos dice que la guerra produjo un millón de muertos el dato nos da la medida de lo ocurrido, pero es el dolor de aquella familia o de estos huérfanos lo que nos hace sentir la profundidad de lo ocurrido. Por eso en el *Caleidoscopio* de Clara vemos alternarse miradas abstractas y concretas de manera simultánea, y cuando nos dice vinieron a México equis cantidad de trabajadores del campo o de la ciencia, vemos tras los números que, por cierto, no son fríos: —¿a quien se le habrá ocurrido eso de que los números son fríos?—, arados y escalpelos.

A mí, que no soy proclive a las estadísticas ni me simpatizan sus resultados, me sorprende cuando se las utiliza bien, sabiendo que son una manera de comprender y no la comprensión misma. Es un poco como las radiografías: cuando el médico nos dice que esos son nuestros huesos y que hay allí una lesión, sabemos que está mintiendo, esos no son, no pueden ser, o más bien lo son porque confiamos en una metáfora mecánica de lo que son nuestros huesos. Así, saber los flujos de migración a México en los años cuarenta y primeros cincuenta nos indica muchas cosas: cómo se comportaron los gobiernos mexicanos posteriores a Cárdenas y en qué medida se incidió en la sociedad mexicana con eso que se ha llamado un “exilio cualificado”. Es muy interesante el desglose por oficios pues nos plantea preguntas sobre cómo ciertos sectores, los trabajadores de la cultura, si bien no fueron mayoritarios sí fueron muy importantes y terminaron siendo el rostro visible de ese exilio. Es natural: la cultura, cuando es buena, y aquella era extraordinaria, luce y se puede mostrar, se puede incluso compartir.

Las cifras estadísticas y su análisis es un terreno mucho más rico de lo que se piensa y —sobre todo— mucho menos unívoco, pueden ser leídas de muchas maneras y pueden incluso sostener argumentos antitéticos. Por ejemplo, desde hace cierto tiempo es frecuente leer textos en los cuales parece ponerse en duda el gesto de acogida del gobierno mexicano con el argumento de que fue un “exilio dirigido”. Lo fue sin duda, pero eso no quita la importancia de ese gesto, pues esa dirección propuesta fue de todas maneras bastante abarcadora y global. Más interesante sería estudiar —de hecho ya se ha empezado a hacer en algunos textos— cómo afectó a ese exilio el balance de las corrientes en el exilio,

ejemplo de ello es una aproximación más serena al papel de Negrín y sus partidarios, que antes habían sido en cierta manera demonizados y ahora parece ser recuperado. La dureza, que no la frialdad, ya se dijo, de las cifras evita que la necesaria historia interior o íntima del exilio se vuelva chisme o reclamo. Así, saber que esos 20 000 o 22 000 exiliados se repartieron en porcentajes específicos, donde —y volveremos más adelante sobre ello— no son mayoría visible los intelectuales y artistas. Se sabe que el exilio cambió el rostro de la academia y de la educación, del arte y de la edición mexicana, pero también de la medicina y el trabajo en el campo. Incluso la tendencia, ya visible en aquellos años, de abandono del campo por el campesinado tuvo un ligero dique en los trabajadores rurales llegados a México.

Un punto también complejo es sin duda la limitación de los derechos civiles y políticos de ese exilio, y una previsible voluntad de aislamiento de ese exilio, para que no “contagiara” de ideas exóticas al pueblo mexicano. Es más difícil verlo en las cifras, pues si bien sí se crearon escuelas, clubes y asociaciones que permitieron una vida social encapsulada, no parece ser tan claro que esto fuera programado, o una reacción natural ante los conflictos que provocó la llegada del exilio o incluso una manera de mantener una “ilusión” del regreso. La década de los cuarenta, en la que el proceso de asimilación no fue inmediato, encontró razón de ser de ese aislamiento en la esperanza del regreso, se creó una burbuja española al interior de México. Cuando la situación decepcionó a esa ilusión y hubo que pensar en asimilarse, la cosa cambió, y con el tiempo esas mismas instituciones académicas, escuelas y clubes tuvieron que modificarse. Algunas de ellas desaparecieron, otras conservaron cierto sello y otras más únicamente el nombre. Sólo mucho después de la muerte del dictador y más años aún, los procesos de naturalización abiertos por las modificaciones en la ley española trajeron reconstituciones de diversa índole. La propia Clara Lida ha investigado las relaciones que por abajo y por arriba de la aparente ausencia de relaciones entre México y España se dieron durante el franquismo, y mostró que fueron intensas y amplias y, en su mayoría, de un sesgo que no nos gusta del todo, por eso las ocultamos.

Un capítulo importante de su libro es la comparación entre el exilio español y el argentino de cuarenta años después. Su análisis muestra que sus similitudes son más aparentes que reales, y que son en su mayoría creadas por una idea instalada en el imaginario colectivo:

la de la generosidad del gobierno cardenista —generosidad que, y Echeverría la debía tener muy presente, le dio un lugar en la historia extrafronteras—. Ese exilio sí fue fundamentalmente intelectual, como el chileno, y no tuvo una guerra de tres años ni un conflicto posterior como la guerra mundial. Es importante, sin embargo, que haya habido un proceso de homologación de los exilios, en el cual los sudamericanos aprovecharon la experiencia acumulada. La identificación de un exilio ideológico con un grupo de intelectuales y artistas es producto de lo ocurrido en 1939. Las pocas cifras con las cuales se puede contar sobre la migración argentina lo indican: fue mucho menor en número y mucho más localizado en profesores universitarios, académicos y artistas. No ocurrió así con otras migraciones menos ideológicas, como la colombiana, la centroamericana y la cubana, que ni siquiera suelen llamarse exilios.

El proceso de asimilación del exilio español es aún confuso, su evidente presencia en la sociedad mexicana actual, así sea ya desdibujado como grupo social, lo hace más extraño. Casi habría que trazar, junto a las tablas estadísticas y los análisis de grupo, una especie de árbol genealógico que se extienda por igual al gobierno —baste recordar en épocas no tan lejanas a Jaime Serra Puche— que a la oposición de diversa índole, a los movimientos estudiantiles, a los partidos políticos, a los centros de investigación, a la ciencia, a la industria y a la iniciativa privada. Del libro de Clara queda una sensación paradójica: el exilio español está muy documentado y a la vez le hace falta mucho trabajo, y ello se debe a que es un caleidoscopio, como lo indica el título, en el que los agrupamientos pueden darse de muchas maneras. Un sucinto retrato de los historiadores llegados con el exilio a México muestra que esta disciplina no tuvo ni la fortuna ni la acogida de otras, como la filosofía y la literatura, pero en cambio su influencia se diversificó a otras disciplinas como la sociología y la antropología.

En otro momento, la lectura de un libro de testimonios de mujeres, niñas cuando la guerra, le sirve para trazar líneas en un estudio de género sobre el exilio. En esa línea las mujeres no sólo fueron piezas importantes del funcionamiento vital del éxodo sino testigos privilegiados de la tragedia. Si bien en un principio no fueron tan frecuentes, con el paso de los años se ha ido acumulando un importante *corpus* testimonial de mujeres del exilio y revelando una mirada distinta, tal vez más intensa —a cargo de ellas estaban los hijos, por ejemplo— y no exenta de conflictos, con un sexismo presente, no sólo en los

países de acogida, también entre el propio medio español. En ese exilio el núcleo que se rompió, y a veces tardó años en reencontrarse y otras no lo hizo nunca, fue el familiar, y en éste el ancla residía en ellas.

Los caleidoscopios se suelen hacer con cristales de distintos colores, ¿pensó Clara Lida en la frase de *Todo depende del cristal con que se mira*? La pluralidad de visiones en su libro lo hace pensar. Los cristales, sin embargo, suelen ser pedacería, al menos eso sugiere la palabra, de la misma manera que guardan algo de cercanía con las cuentas de vidrio. El caleidoscopio es un mecanismo de reconstitución de la totalidad en el giro de la mano que lo ajusta y lo mueve para formar figuras. Ese mecanismo es tan efectivo que los cristales, con su eco de esencia fragmentaria, se constituyen cada uno en totalidad: no son ya un pedazo sino una unidad, como el hombre individual es una parte, pero no un fragmento, de esa totalidad mayor que llamamos *exilio*.


En los 70 años transcurridos desde la derrota de la segunda república española y la llegada de un numeroso grupo de exiliados a México han pasado muchas cosas, algunas en el terreno moral, otras en el político, otras en lo íntimo y personal: la Guerra Mundial, la *guerra fría*, el 68, la guerra de Vietnam, el desencanto de las utopías, los golpes militares en América Latina, en especial el de Chile en 1973, con ecos terribles de lo ocurrido en España en 1936, la caída del Muro de Berlín, el 11 de septiembre, etcétera. También han corrido muchos ríos de tinta, desde los panfletos y diatribas todavía al calor del combate, hasta los serenos análisis del día de hoy, pasando por testimonios personales, recuentos civiles, poemas y novelas, estudios estadísticos, etcétera. Ya se puede, incluso hoy, analizar el funcionamiento de esos mismos libros en un panorama lo suficientemente amplio como para ofrecer fluctuaciones y tendencias significativas. *Caleidoscopio del exilio* se inscribe en los libros de madurez reposada, y cuenta con las investigaciones anteriores que proyecta hacia una nueva manera de leerlas. A veces le basta con describir a grandes trazos un panorama —por ejemplo, el de la influencia en la historia como disciplina académica y la enseñanza de los exiliados— para dejar claro lo que ella piensa, no necesita formularlo, está implícito en el texto. Uno de los asuntos que más interesa en este momento —lo hemos comprobado en el coloquio que se ha llevado a cabo en los días previos a esta presentación en la nueva sede del Ateneo Español de México— es el de la identidad, la identidad de lo español, del exilio, de lo mexicano, de

las pequeñas identidades que forman una mayor, como el idioma, la profesión, la clase social. El subtítulo del *Caleidoscopio* lo ilustra muy bien: *Actores, memorias, identidades*, casi un esquema evolutivo de los estudios del exilio en tres palabras.

Si algo es sin duda una virtud en este libro es que suscita interrogantes: me pregunto, al leer *Los historiadores emigrados y México*, ¿por qué si en la filosofía, en la sociología o en la literatura fue tan fuerte la influencia de los escritores transterrados, no lo fue en la historia? Tal vez porque lo que estaba en juego era precisamente la historia. Los gestos del historiador nunca son los últimos, asumen su calidad transitoria como su mejor arma. Clara sabe —una faceta injustamente poco conocida de su escritura es la de poeta— que nunca ninguna ciencia o disciplina o género se basta a sí misma, no pretende tener el monopolio de la verdad sobre el exilio, y digamos que con malicia relativiza los datos duros y endurece el sentido de lo más humano en eso tan humano que fue y será siempre todo exilio.

Por ejemplo, son ejemplares sus retratos de Vicente Lloréns y de José Puche Planas: el primero, muestra de rigor y de admiración; el segundo, transitado por un in-

tenso sentimiento de la amistad. El péndulo que ha oscilado a lo largo de las páginas del libro de la estadística y el corte analítico, al retrato emotivo, está bien ajustado, marca la hora con sus minutos y sus días. A veces uno quisiera que se prolongara en más páginas. De Lloréns, a quien he leído mal y sólo a tramos, salí corriendo a buscar sus libros; de Puche Planas recordé la foto que vi tantas veces en el Instituto Luis Vives, donde estudié algunos años, y ahora la tengo más presente.

Inicié esta reseña relatando esa manera de empezar la ponencia sobre la Casa de España: “celebramos los 70 años de algo que duró pocos meses”. Su sapiencia como escritora se mostraba plena en ese incipit irónico que puso nervioso al público: hay gestos casi instantáneos que nos marcan para siempre. En un lenguaje teórico llamamos a este símbolo: el beso de una madre en la frente de su hijo, el puño en alto de un combatiente antes de morir, el desconocido que nos toma de la mano al cruzar una frontera. Un símbolo nunca lo es del todo si no consigue mantener vivo el contacto con lo humano. El exilio es siempre un salto al vacío por más que se quiera volver amable el entorno. ¿No es también un salto al vacío tomar el caleidoscopio y girarlo ante nuestros ojos? 



**La Dirección de Publicaciones
de El Colegio de México,
lamenta profundamente el deceso de la amiga
y colaboradora de esta Dirección
durante 28 años**

Gracia Francés Sánchez
Descansa en paz



VOICES
of Mexico

Descubra México en un recorrido por lo más sobresaliente de sus manifestaciones artísticas y culturales.

La revista *Voices of Mexico*, editada totalmente en inglés, incluye ensayos, crónicas, reportajes y entrevistas sobre economía, política, ecología, relaciones internacionales, arte y cultura.

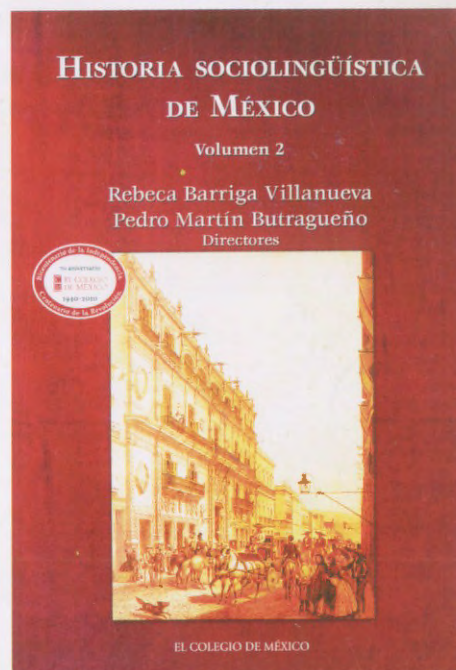
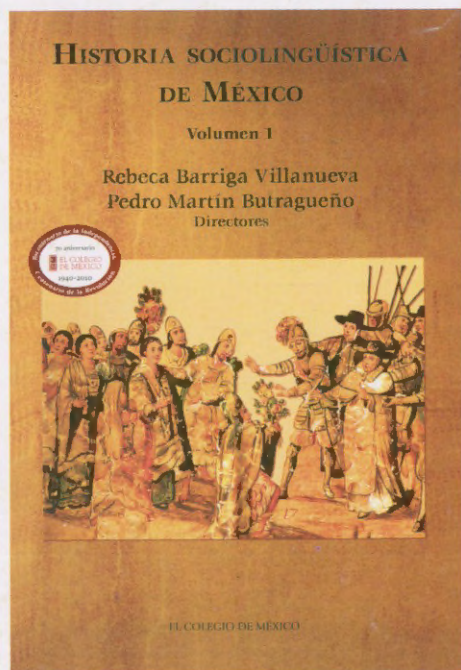
SUSCRIPCIONES

Canadá 203, col. San Lucas, Coyoacán, 04030, México, D. F.

Tels. y fax (01 52 55) 5336 3601 • 5336 3596

5336 3595 • 5336 3558

voicesmx@servidor.unam.mx



El Colegio de México, A. C.,
Dirección de Publicaciones, Camino al Ajusco 20,
Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F.
Para mayores informes:
5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
Fax: 5449 3000, ext. 3157 o Correo electrónico:
publicolmex@colmex.mx